

CRISTINA O LA REINA DE 16 AÑOS

NOTA

Hasta que don Francisco Monterde no registró en su "Bibliografía del Teatro en México" (1) la pieza "Cristina o la Reina de 16 años", comedia en dos actos, escrita en francés por Bayard e imitada al castellano por Manuel Eduardo de Gorostiza (2), nadie había hecho alguna mención a ésta, que no sabemos si llegó a representarse en alguno de los teatros de México. El erudito don Luis González Obregón, que durante largos años trabajara en el Archivo General de la Nación, como investigador primero, como Director después, dió con esta pieza en alguna de sus búsquedas minuciosas, y le comunicó la noticia a don Francisco Monterde, quien la recogió acucioso. Nadie volvió a referirse a ella en trabajos biográficos dedicados a Gorostiza, no obstante que de 1933 a la fecha han abundado los trabajos de esta índole —que se declararon por alguien exhaustivos. (3)

Con motivo del primer centenario de la muerte de don Manuel Eduardo de Gorostiza (1889-1951) la Dirección del Boletín del Archivo General de la Nación —entonces a cargo del Lic. don Julio Jiménez Rueda— acordó publicar la pieza inédita de Bayard imitada al castellano por Gorostiza.

"La Reina de Seize Ans", comedia vaudeville en dos

(1).—Francisco Monterde, "Bibliografía del Teatro en México".—México.—Monografías Bibliográficas Mexicanas.—MCMXXXIII.—Número 29.

(2).—77 folios. 21.8 cm. Ma. en el Archivo General de la Nación. Tiene el sello del Archivo de la Secretaría de Hacienda, de México.

(3).—Mario Mariscal, prólogo a "Indulgencia para todos".—Biblioteca del Estudiante Universitario.—Tomo 57-1942.

actos, fué presentada por primera vez en el Teatro Madame, por los comediantes ordinarios de S. A. R., el 30 de enero de 1828 (4), con el siguiente reparto: Christine, reine de Suède, Madame Jenny Vertpré; Le Comte, Rantzoff; viejo Ministro, M. Ferville; Frédéric de Bury, officier de l'armée suédoise, M. Paul; M. de Vaderg, son cousin, M. Klein; Emma, mère du comte de Rantzoff, Mademoiselle Léontine Fay; un Officier du palais, M. Bordier. Dames de la suite de la Reine: Courtinas, Gardes. Don Manuel Eduardo de Gorostiza representaba a México en Europa (5) como Encargado de Negocios cerca de S. M. Británica; antes lo había sido (6) cerca de S. M. el Rey de los Países Bajos, y hacía frecuentes viajes a París. Lo más probable es que asistiera al estreno de "La Reine de Seize Ans" al Théâtre de Madame, y hasta no es improbable que fuera amigo de Juan Francisco Bayard, el autor más cotizado entonces en Francia.

Juan Francisco Bayard (7) había nacido en Charolles, en 1796 —murió en París en febrero de 1853.—Según Eugenio Scribe, su biógrafo, en estas líneas se resume maravillosamente el estilo de Bayard: TOUS LES GENRES SONT BONS HORS LE GENRE ENNUYEUX. Su estilo tenía toda la alegría, la verbosidad, la rapidez y la atracción dramática. Una vez que se adentraba en el tema, ya no

(4).—"Théâtre de J. F. Bayard.—Tome Troisième.—Paris, L. Hachette et Cie, Libraires-Éditeurs-Rue Pierre-Sarrasin 14.—1853.

(5).—Fué Encargado de Negocios de México ante la Corte Inglesa de 1828 a 1830.

(6).—Como Encargado de Negocios cerca del Rey de los Países Bajos actúa de 1826 a 1828.

(7).—Noticia de Eugene Scribe, al frente del "Théâtre" de J. M. Bayard, 12 Volúmenes, que recogen sesenta y siete obras de todos géneros y estilos.—Juan Eugenio Scribe fué un extraordinario autor francés, nacido en París en 1781 y muerto, también en París, en 1861. Escribió unas 350 obras, teatrales, algunas en colaboración, varias con Bayard. Cuando escribió la nota biográfica de éste se hallaba en el apogeo de su fama. De sus obras existen varias ediciones. La última de que tengo noticia apareció en 1874-85 "Ouvres complètes", en 76 volúmenes.

languidecía. El espectador arrebatado por el movimiento de la escena, se dejaba llevar —“como en ferrocarril”— hasta la meta señalada por el autor, sin que hubiese tenido tiempo de detenerse ni un solo momento a reflexionar o a criticar. Pertenecía a la escuela de Picard (8) y de Dancourt, (9) recuerda Escribe, escuela “que, por desgracia, se va perdiendo cada día”. Bayard era todo talento e instinto de autor. “La musa cómica le prodigaba gustosa sus tesoros, los cuales él gastaba alegremente, sin contarlos siquiera las más de las veces, es cierto, en moneda pequeña, que no por eso dejaba de ser de buena ley”. Estrenó su primera pieza—“Une Promenade a Vaucluse”, en el Teatro de Vaudeville, en París—, el 12 de julio de 1821, y la última, póstuma, “Un Moyen Dangerux”, comedia vaudeville en un acto, en el Teatro del Gimnasio Dramático—, el 22 de junio de 1824. En tan largo período vió representar 225 obras, en uno, dos y tres actos. Colaboró con todos los autores contemporáneos: Dufau, Romieu, Desaugiers, Scribe, Merville, Varner, Leroux, Théaulon, Saint-Laurent, Wally, Chabot de Bouin, Duport, Méleville, Masson, Brazier, Dumanoir, Descomberousse, Sauvage, Vanderbuch, Deforges, Leroux, le Rencin, Marchand, Deslandes, Biéville, Antonio Boyard, su hermano; Doucet, Beuphan, Barriere, Vermont, etc., etc. “La Reina de 16 años” forma la décima sexta de sus obras.

Se le reprochó a Bayard su fecundidad. Casimir Delavigne —el autor de “30 años o la vida de un jugador”— decía: “Tenemos tantos autores que han hecho una sola obra, y hasta hay algunos que descansan hasta antes de haber producido. Tenemos otros también que tienen una sola idea,

(8).—Luis Benito Picard, autor y novelista francés (1782-1823). Produjo excelentes comedias de costumbres. Las mejores de éstas están en “Théâtre choisi”, publicadas por él entre 1812 y 1821.

(9).—Será este Dancourt, L. H. que escribió obras de gracia y donaire, costumbristas, nacido en 1725, muerto en 1801, pues no puede ser el otro Dancourt, Florencio Carton, Señor D'Ancourt, que escribió durante el reinado de Luis XIV. Este Dancourt nació en 1661 y murió en 1725.

siendo ésta siempre la misma, y que después de haberla volteado en tres o cuatro formas diferentes, la retienen a causa de su genio impotente o agotado". Bayard tocó todos los géneros, y muy particularmente la opereta; es autor del libreto de la famosa ópera "La Hija del Regimiento", música de Donizetti, que se cantó en México en 1844. Su pieza "Le gardien de Paris" se presentó en París 483 noches seguidas. Infinidad de autores han ido a las obras de Bayard en busca de inspiración, de temas. Algunos mexicanos, también. "El 19 de febrero de 1853, Bayard daba un baile para celebrar el aniversario del nacimiento de su hija, y en medio de la alegría y esplendor de la fiesta, cayó abatido por un golpe mortal".

En "La Reina de Seize Ans" Bayard recoge, ecotómica, uno de los múltiples accidentes de la vida de Cristina de Suecia, la joven reina hija de Gustavo Adolfo y María Leonor de Brandeburgo, nacida en Estocolmo en 1626, muerta en Roma en 1689, extraordinaria mujer maravillosamente dotada. Casi niña ya intervenía en los negocios del Estado, muerto su padre que la dejó de seis años. Como se sabe, se le educó como varón, y mucho llegó a preocupar su resistencia a tomar esposo. Bayard sitúa la acción de "La Reina de 16 años" cuando concluye la guerra que Suecia le hacía a Dinamarca (1645), e inventa una intriga de Corte entre un joven oficial, Federico de Bury, y la joven reina, quien guarda en incógnito al hallarse casualmente con él en los jardines de una de sus residencias de descanso, protegiéndolo hasta elevarlo a los más altos puestos. Un viejo Ministro, que lo había sido de su padre Gustavo Adolfo, desbarata la posible influencia del favorito en potencia, casando a ésta, en forma relampagueante, con una sobrina suya, lo que provoca la ira de la Reina y, después, imponiéndose el buen juicio de la joven soberana, la ayuda de ésta a la feliz pareja y el reconocimiento de la lealtad del viejo servidor de Corte. Abunda la pieza en escenas características de las intrigas palaciegas; no faltan el "gracioso-tonto", un primo de Federico, el oficial de Vederg, y

la ingenua transparente y boba, Emma, nieta del Ministro Rantzoff, que acaba, cuando cae el telón, en Condesable del Reino. Si algún compositor de la época le hubiere puesto música, "La Reina de 16 años" habría resultado una magnífica ópera cómica, porque abunda en tiradas de versos, aires populares y canciones en boga, algunas de M. Adam. Precisamente la obra concluye con una de éste que entonan el coro de cortesanos y guardias:

Honneur á notre reine!
Et que le ciel toujours
De notre souveraine
Prolonge les beaux jours!

Don Manuel Eduardo de Gorostiza no imitó la comedia de Bayard, la tradujo simplemente, alterando en la enumeración del reparto el orden de los personajes, que son los mismos, con idénticos nombres. De quince escenas consta el primer acto de la pieza de Bayard y de quince también el primero de la traducción de Gorostiza, quien suprimió o redujo a prosa natural las diez canciones que en ella figuran. —aires populares, de Turena, de Céline, del Amazonas, etc.—; dos de ellas de M. Adam. Una de éstas forma toda la escena novena entre Emma, el Conde Rantzoff, Váderg y Federico de Bury, y constituye un auténtico cuarteto de ópera cómica; Gorostiza hizo de este cuarteto una escena brevísima, en prosa, para aligerar simultáneamente la acción entre el Conde, Emma y Federico. La escena final en la pieza de Bayard es un verdadero concertante, con coro, que empieza:

La reine nous appelle
Rendons-nous près d'elle,
Parlons, à l'instant, parlons tous!

Gorostiza la convierte en una escena en prosa, brevísima.

De 16 escenas se compone el segundo acto de la obra

de Bayard, y de 17 la traducción de Gorostiza, porque de un largo parlamento dicho por Vaderg, al final de la escena XII de Bayard, hace Gorostiza otra, la XIII de su versión. Siguen paralelas las escenas hasta el final, en el que pudiendo ser, en la comedia de Bayard, un aparatoso concertante, no hay sino una ligera intervención del coro:

Honneur á notre reine!

Gorostiza usó en su versión términos escénicos muy españoles: "al paño", cuando un personaje habla dentro; "dichos", cuando entran a escena otros personajes a sumarse a los que ya están en ella. No encuentro otra... "inspiración", para su imitación en castellano de la comedia de Bayard. También suprimió Gorostiza las canciones del segundo acto, que son menos que las del primero; en el segundo acto figuran únicamente seis; las suprimió, sencillamente, sin hacer de sus temas algún "bocadillo". A veces, recurre a un proverbio para darle mayor fuerza a la acción. En la escena X entre Vaderg y el Conde: —Como no le haga Ministro, dice el Conde—; Y por qué no? —responde Vaderg: ¡DE PEOR PASO SE HAN HECHO MONTE-RAS....! Substituye al "callaos", por "chilón". "Otro que bien baila" hace decir en una ocasión a Vaderg, al referirse Federico a otro pretendiente de la reina joven. Federico le recomienda mesura y paciencia a Vaderg, y éste le contesta muy castizo: ¡QUE PACIENCIA NI QUE CALABAZA....! El Conde, en un "aparte, alto", exclama refiriéndose a un violento cambio de opinión de la Reina: ¡POR VIDA DE LA PROTECTORA!, y Vaderg, comentando las volubilidades de Cristina: ¡SE VOLVIO LA TORTILLA....! "APUESTO A QUE TU DESCONOCIDA SE HA PRONUNCIADO POR NOSOTROS". Muy buen castellano de la época, y mucha fluidez, muy española, hay en la "Imitación" en castellano de "La Reine de Seize Ans" de Juan Franciéco Bayard, por Manuel Eduardo de Gorostiza.

VII-25-1952.

Armando de María y Campos.

CRISTINA O LA REINA DE 16 AÑOS

Comedia en dos actos escrita en francés por
Bayard e imitada en castellano por don M. E.
de Gorostiza.

Acto Primero.

P e r s o n a s :

El Conde de Rantzoff, primer Ministro de la Reina.

Federico de Bury, Oficial del Ejército sueco.

Mr. de Vadery, primo de Federico y Chambelán de la Reina.

Un oficial de Palacio.

Cristina, Reina de Suecia.

Emma, sobrina del Conde.

Damas, Cortesanos y Guardias.

La escena pasa en el primer acto en una casa de campo de la Reina, en las cercanías de Stokolmo, y el segundo en el Palacio.

ACTO PRIMERO

Sala gótica, con una puerta a la izquierda que conduce al gabinete de la Reina.

Escena Primera

El Conde y Emma.

Emm.—Sí, tío mío, no lo puedo negar, tengo mucho miedo... criada lejos de la Corte, al lado de una tía cuya única dicha consistía en verme contenta y feliz, me encuentro ahora en medio de un millar de cortesanos, que me abrumen a fuerza de cumplimientos tan sólo porque soy sobrina de usted y porque la sobrina de un Primer Ministro tiene que ser siempre una especie de dije.... esto último es de ordenanza.... en fin, me voy a presentar hoy por primera vez delante de la Reina.... delante de la Reina, tío... y usted sin embargo, ¿se ríe de mi turbación?

Con.—Vamos, no te apures... si tanto te intimida esta entrevista, la retardaré lo más que pueda... no te presentaré a la Reina hasta que se acerque la hora de comer... así como así se me figura que su Majestad ha dormido anoche muy mal, porque nos hace hoy el honor de estar de un humor detestable.

Emm.—¡Ah, tío mío, si usted pudiera componer la cosa de modo que no hubiera necesidad de semejante presentación....!

Con.—No lo creas... tengo mucho interés en colocarte al lado de la Reina y sería muy conveniente que ésta llegue al cabo a tomar por amiga y confidente una

persona de su edad y sexo, que no se preste a intrigas ni ambiciones.

Emm.—Siendo así... porque de lo contrario le protesto a usted que no entiendo una palabra de esos que vuestras mercedes llaman asuntos de Estado.

Con.—Tanto mejor para tí, Emma, pues yo he pasado toda mi vida entre ellos, y te juro que no son muy entretenidos. Fui catorce años consecutivos Primer Ministro del gran Gustavo, quien entre paréntesis era el hombre más terco que he conocido... y ahora lo soy de su hija Cristina, que ha heredado cuanto poseía su padre... hasta la terquedad inclusive.

Emm.—¿Dicen en efecto, que se enfada muy a menudo?

Con.—Cinco o seis veces cada día, pero se apacigua por lo regular otras tantas, de suerte que al cabo salimos ple con bola. Ya se ve, como heredó la Corona cuando sólo tenía siete años, ha tomado muy temprano la costumbre de decir a todos y sobre todo, "yo lo mando".

Emm.—Pero vuestra merced que es su Primer Ministro...

Con.—No hay duda que lo soy... en público... pero tiene otro en secreto que ejerce sobre ella mil veces más influencia que yo... y este Ministro incógnito, al continúa gobernando como hasta aquí, no hay duda que hará de ella y a pesar de sus buenas cualidades, la Reinecita más absoluta y más malcriada de toda la Europa.

Emm.—¿Y se puede saber cómo se llama ese otro Ministro tan perjudicial?

Con.—Por qué no... se llama "mi real voluntad", o en otros términos "su capricho".

Emm.—Y a mí que me habían asegurado que disfrutaba usted del mayor favor con la Reina.

Con.—Sí, sí, no dejo de tener alguno... ya me ha desterrado dos veces... verdad es que cinco minutos después me ha vuelto a llamar... y que aunque

no me hubiera llamado, yo no me hubiera ido.... conozco muy bien lo que debo a mi país para estar decidido, como lo estoy, a morir en mi puesto.... y lo más tarde que pueda, eso es otra cosa, aunque no fuera con otro objeto que con el de hacer desespere a cuantos esperan sucederme.

Emm.—Sabe usted, tío, que lo que usted me cuenta, me anima muy poco.

Con.—Al contrario.... la Reina es quien me ha ordenado que te traiga a la Corte.... tiene mucha impaciencia por verte, a lo que me dijo anoche, y por abrazarte... y por casarte.

Emm.—¿Por casarme?

Con.—Sí... y me alegro como quien soy que la hayan ocurrido semejantes ideas. Ya conozco cuánto se desea en Suecia que la Reina tome estado, y con qué disgusto se veía que se había ella misma condenado a un eterno celibato.... pero ahora que se nos ha vuelto casamentera podemos empezar a concebir buenas esperanzas.... porque es muy difícil que la que se complace y ocupa en casar a los otros no piense alguna vez en su propio matrimonio.... pocas cosas hay más contagiosas.

Emm.—Nada me importa todo eso, tío, con tal que la Reina no se haya tomado también la molestia de escoger el que ha de ser mi marido.

Con.—No lo creo, y esto hubiera sido tanto más sensible para todos cuanto yo ya te lo he escogido.

Emm.—¿Vuestra merced?

Con.—Sí por cierto; al hijo del Barón de Pilhson... y debo conocerlo, porque si mal no me acuerdo solía visitar la casa de tu tía.

Emm.—No hay duda que lo conozco, tío, pero estaba yo cuando le veía entonces, bien lejos de imaginarme que....

Con.—Es un enlace que me conviene infinito... y que se hará por vida de quien soy....

Emm.—Pero.... mi consentimiento.

Con.—Lo he dado por tí.... Por otra parte, hija mía, confieso que este matrimonio, por más brillante y ventajoso que parezca, en el fondo para nuestra familia no tiene con todo otro mérito a mis ojos que el de ser un nuevo servicio que presto a la Reina y a toda la Suecia. El Barón Pilhson es uno de los grandes del reino más ricos e influyentes.... es, además, uno de nuestros primeros hombres de Estado a quien cierta intriga ha alejado bruscamente de la Corte, y le ha hecho casi nuestro enemigo.... de ahí que si yo logro decidir a la Reina a que apruebe el enlace proyectado por las dos familias, no me será difícil después conseguir que el Barón se aplaque y que se le vuelva a nombrar lo que era antes.... consejero privado.

Emm.—Eso es.... tendré yo que aceptar un marido que no me gusta tan sólo porque usted quiere acabar de llenar su hoja de servicios.

Escena 2ª.

Federico y dichos.

Fed.—(Al paño.) Está bien, está bien. Esperaré lo que sea necesario esperar en la sala inmediata y ojalá que entretanto pudiera yo volver a ver... (Sale.)

Emm.—¡Cielos! él es....

Fed.—(Aparte.) ¿Yo me equivoco? ¡no.... Emma!

Con.—¡Oiga! ¿qué quiere decir esto?

Emm.—¡Usted aquí, Federico! yo que le creía a usted tan lejos....

Fed.—Yo también le creía a usted en la Casa de Campo de su tía... pero, perdone usted si.... este caballero.....

Emm.—Es mi tío el Conde de Rantzoff.

Fed.—¡El primer Ministro....! Como no tenía el honor de conocer a su Excelencia.

- Emm.—Permítame usted, tío, que le presente a un amigo de mi infancia, a quien mi tía estimaba mucho....
- Con.—Y tú también, a lo que me parece.
- Emm.—El señor Federico de Bury.
- Con.—¿Federico de Bury! ¿Vuestra merced, señor, se llama Federico de Bury?
- Fed.—Sí, señor.
- Con.—¿Y es usted por ventura Capitán de Estado Mayor?
- Fed.—De primera clase.
- Con.—Entonces le conozco a usted mucho y tengo mil razones para ello... ¿y cómo se ha separado usted del ejército que está al frente del enemigo?
- Fed.—He conducido pliegos de la mayor importancia, y habiendo sabido en Stokolmo que la Reina se hallaba aquí, me pareció conveniente continuar mi camino.... y....
- Con.—Sí señor, la Corte está aquí desde antes de ayer por la tarde.... esto es, la Reina con todas sus damas... ¿me entiende usted?, con todas sus damas.
- Emm.—Pero, tío, ¿qué le importa al señor Federico que estén aquí todas las damas de la Reina o que falte alguna?
- Fed.—En efecto, no adivino por qué ni a qué... (Aparte.) ¡Dios mío! ¿si sabrá algo?
- Con.—(Aparte.) ¿Con que este es el protegido misterioso?
- Emm.—¿Pero qué tiene usted, Federico? parece usted inquieto y no cesa usted de mirar a ese lado.
- Fed.—Verdad es... acabo de ver... dígame usted, señor Conde, ¿quién ocupa esas habitaciones que están a la derecha de esa galería?
- Con.—Las damas de la Reina....
- Fed.—¡Ah...! Ya me lo sospechaba yo.
- Con.—Y quizá también entre ellas alguna protectora poderosa cuya belleza....
- Fed.—(En voz baja al Conde.) Entiendo a usted, señor Conde, y permítame usted que le diga, que sus sospechas son completamente infundadas.... co-

nózcame usted mejor.... amo a su sobrina de usted y su tía presencié nuestros primeros juramentos.... pero supuse desde luego que para obtener su mano y el consentimiento de usted se requerían otros títulos, otros bienes que los que yo tenía.... Y bien, abracé la carrera de las armas y busqué entre sus peligros lo que me faltaba.... Ahora acabo de llegar del ejército más enamorado que nunca.... y quizá con algún más valor a los ojos de usted.

Con.—(Aparte.) Lo que usted dice no puede menos de sorprenderme y.... ¿y mis proyectos....?

Escena 3ª.

Mr. de Vadery y dichos.

Vad.—(A los de adentro) Conque dicen vuestras mercedes que un oficial espera... y bien, que espere... Veremos luego si su Majestad le quiere recibir: (Sale.) Señor Conde, su Majestad va a pasar a su gabinete en este mismo instante para presidir el Consejo de Ministros.... Señorita....

Fed.—¡Primo!

Vad.—¡Comó! ¡tú aquí! serías acaso el oficial que.... y yo que te creía a estas horas ocupado en las fronteras en escarmentar a los dinamarqueses, porque según parece los estamos escarmentando a los tales dinamarqueses, ¿no es cierto?

Con.—(Aparte.) ¡Ah!, pues no sabía yo, señores, que eran vuestras mercedes parientes y quizá el uno se apoyará en el otro.

Vad.—Sí, señorsomos parientes, pero muy lejanos.... Una cuñada de una tatarabuela mía se casó...

Con.—Señor de Bury, Emma es la que ha de responder a lo que usted me estaba diciendo... y no dudo que al hacerlo tendrá presente lo que debe a su fami-

lia... lo que se debe a ella misma... sígama. Emma. No olvide usted señor Vaderg que la Reina deja hoy esta residencia, y que los coches han de estar ya a las siete en punto en el lugar acostumbrado.

Emm.—Adiós, Federico.

Con.—No hay que titubear... (Aparte al irse.) es preciso que este joven se vuelva hoy mismo a su ejército. (Manos con Emma.)

Escena 4ª.

Federico y Vaderg.

Vad.—Vaya, no parece sino que todavía me cree a sus órdenes, según el tono imperativo con que me habla.

Fed.—(Aparte.) No puedo concebir... no atino a la verdad cómo Emma es la que me ha de responder... (Alto.) ¿Pero sabes, Vaderg, que me ha sorprendido mucho hallarte ahora empleado en Palacio?

Vad.—Como que soy todo un Chambelán... por más señas que estoy hoy de guardia... también se me figura que tus asuntos van bastante bien...

Fed.—No lo niego... y no pueden ir mejor... con todo te repito que me admira en extremo verte ocupando un destino que codiciarían los primeros señores de la Corte.

Vad.—Te admira, ¡eh! Pues mira, consuélate, que a mí me sucede otro tanto... y eso que soy el interesado... si entiendo una jota de mi presente elevación... que... que... Ya te acuerdas que cuando te fuiste al ejército, me hallaba yo de simple Escribiente en la Secretaría del Primer Ministro... de ese mismo Conde de Rantsoff, que entre paréntesis me quiere como a un dolor de muelas, y a quien yo quiero como a un dolor de oídos. Sin embargo, estaba ya casi resignado con mi suerte... porque tengo Filosofía... y porque no había podido con-

seguir cosa mejor por más que había hecho.... cuando un día recibí de repente la noticia de que la Reina me había nombrado de su servidumbre.... figúrate tú mi sorpresa.... Luego una vez encajeonado en la Corte, mi mérito ha hecho lo demás.... he subido como la espuma.... verdad es que la Reina gusta mucho de hablar conmigo.... como yo me explico ordinariamente con tanta facilidad y gracia.... de consiguiente todo me anuncia que muy pronto disfrutaré del mayor favor con su Majestad y que podré aspirar a los mejores empleos.

Fed.—Todo eso está muy bien, y me causa la mayor satisfacción; pero dime siquiera en qué se funda a tu parecer esta confianza.... cuáles han sido tus servicios.

Vad.—¿Mis servicios? Eso es cabalmente lo mismo que todos me preguntan.... y a lo que yo no acierto a responder.... con todo, algunos por fuerza he de haber prestado a la Reina, cuando....

Fed.—¿Sin saberlo?

Vad.—Pues.... y esos son los más apreciables porque son los más desinteresados.

Fed.—De todos modos es preciso confesar que tanto en tu prosperidad como en la mía se advierte cierto misterio.

Vad.—¿Qué disparate! en mi prosperidad no hay otro misterio que el de mi mérito.... cuando uno lo tiene los que pueden premiárselo se lo premian y.... nada más natural.

Fed.—Por supuesto cuando uno tiene mérito.... pero ese no es tu caso.... créeme a mí.... y si quieres saber por qué eres lo que eres....

Vad.—Ya se ve que quiero saber por qué soy lo que soy.... Dímelo, puea.

Fed.—¿Y si fuera a mí a quien tú debieras tu entrada en la Corte, tu favor, tus esperanzas....?

Vad.—¿Te quieres caliar!

Fed.—Y bien, a mí me debes todo eso.

Vad.—¿Te burlas de mí?

Fed.—No, y escucha lo que pasa... al cabo eres mi amigo, mi pariente, y nada arriesgo en confiarte mi secreto.... Quizá necesito yo también de tus auxilios.... de tus consejos....

Vad.—¡Oh! por lo que respecta a mis consejos, cuenta desde ahora con ellos.

Fed.—Escucha. Recordarás sin duda que ahora hará unos doce o quince meses, cuando volví de la Universidad de Heiderberg, me acometió una larga y penosa enfermedad en la casa de campo de nuestro tío el Burgo-maestre que se halla a tres cuartos de legua de esta residencia. La Corte habitaba entonces habitualmente aquí.

Vad.—Sí, sí, me acuerdo perfectamente de ambas cosas.

Fed.—También te acordarás de que mi convalecencia fué muy larga por haber quedado en extremo débil. Los médicos me recomendaron el hacer mucho ejercicio y yo naturalmente le hacía en las inmediaciones de este hermoso parque, sin atreverme nunca a entrar en él, porque pobre y sin apoyo alguno, ningún pretexto tenía yo entonces para presentarme en la Corte ni a la Reina, a quien no conocía ni conozco todavía. Una mañana, sin embargo, muy de mañana, me arriesgué a entrar en el parque y a dar unas cuantas vueltas por las arboledas más retiradas, cuando al torcer una de ellas, me hallé de repente con una joven muy preciosa, vestida de blanco con la mayor sencillez. Mi presencia pareció al pronto sorprenderla e intimidarla; pero sin duda la sesgó luego, y quizá la interesó mi aspecto enfermizo y lánguido.... no estaba yo tampoco lo que se llama muy tranquilo; pero una mirada suya bastó para que me animara algún tanto, para que me acercara a ella, y para que tratara de disculparme del susto involuntario que la había causado. Me respondió sonriendo. Su fisonomía era viva, su to-

no brusco, su gesto decidido, aunque a veces bondadoso, y siempre lleno de gracia. En nuestra conversación apercibí desde luego que discurría bien.... que había leído mucho y con aprovechamiento.... Por desgracia no fué aquélla de larga duración, porque a lo mejor oímos pasos de algunas personas que se dirigían hacia donde nosotros estábamos, y mi bella desconocida se alarmó al parecer y me dejó con la palabra en la boca.

Vad.—¿Y no la seguiste?

Fed.—No, porque apenas volví la cabeza cuando ya había desaparecido.... se iría por alguna vereda del bosque inmediato y...

Vad.—O se iría por algún escotillón.... que tu historia tiene más traza de cuento de brujas que no de sucedido.... ¿si sería el diablo o alguna dama de la Corte?

Fed.—Al día siguiente volví al mismo sitio y a la misma hora.... ya estaba ella allí.

Vad.—Vamos, era una dama de la Corte.

Fed.—Entonces ya la traté sin tanto embarazo.... verdad es que había en ella una naturalidad, una franqueza que convidaban a una mutua confianza. Quiso saber quién era yo.... la hablé de consiguiente de mi obscuro nacimiento, de mi escaseísima fortuna.... también me acuerdo que la hablé en aquel día de tí, y que la dije que éramos parientes.

Vad.—Ya sé que lo somos.... y muy parientes, como que somos casi primos hermanos.

Fed.—Ella por su parte me confesó que aunque muy joven todavía, estaba ya en favor con la Reina, que era poco más o menos de su misma edad, y me aseguró que podía esperar lo todo de su crédito, así en mi propio beneficio como en el de toda mi familia.

Vad.—¡Vaya una mujer completa!

Fed.—A esta entrevista se siguieron otras muchas, y en todas ellas me llamaba su amigo, me contaba to-

do lo que pasaba en Palacio, quería saber mi opinión sobre cada cosa que me contaba, y concluía siempre con hacerme muy pomposas promesas, de las que yo me reía; porque estaba bien lejos de creer que me las había de cumplir tan pronto.

Vad.—¿Y siempre la hablabas a la misma hora?

Fed.—Siempre; y siempre se desaparecía con precipitación al punto que sentía el menor ruido. Llegó por fin el 8 de agosto.... ¡oh! no olvidaré jamás este día.... y en lugar de hallarla en el paraje acostumbrado, me encontré con un criado de Palacio que me estaba esperando para entregarme de parte de mi protectora un despacho de oficial, una libranza de dos mil escudos para equiparme, una orden para que me marchara al punto al ejército y una espada.... esta misma cabalmente que traigo ahora ceñida.... porque jamás he querido usar otra desde entonces.

Vad.—Una espada.... y con puño de oro, repito que es una mujer completa.... pero calla. ¿no dices que eso sucedió el 8 de agosto? Pues en ese mes fué cuando a mí me emplearon precisamente en Palacio.... primo de mi vida.... y dime, ¿no has vuelto a ver desde entonces a tu protectora?

Fed.—Sí, por cierto.... hará como unos dos meses que no muy lejos del cuartel general, y en una quinta inmediata a la frontera se tuvieron unas conferencias diplomáticas a las que asistió, según dicen, y en gran secreto, la Reina con una parte de su Corte.... De ahí que cierta prima noche me enviase allí el General en Jefe con un pliego y con orden de no volverme sin la respuesta.... Llegué en efecto, entregué mi pliego, y me introdujeron después en una sala tan espaciosa como solitaria en donde se me dijo que esperase.... a poco rato se abre la puerta y veo entrar a mi joven bienhechora, la que al reconocermme prorrumpió en un grito de sorpresa.... quise al punto echarme a

sus pies para manifestarla toda mi gratitud, pero ella no lo permitió y por el contrario me obligó a que me sentase a su lado, disimulando su propia emoción, con cierto aire de dignidad que la iba a las mil maravillas... aunque siempre se conocía que no me había olvidado, y que tenía un grandísimo placer en haberme vuelto a ver... Entonces fué también cuando me indicó lo que ya había empezado a hacer en tu favor.

Vad.—Vea usted eso... ¡y yo que lo atribuía a mi mérito!

Fed.—En fin después de una conversación llena de encanto y de franqueza, aunque no muy larga, me despidió dándome su linda mano a besar y diciéndome: Adiós, Federico, piense usted siempre en mí y cuidado que yo no exijo de usted otra recompensa de todo lo que se ha hecho y se hará en lo sucesivo por usted, sino que me guarde el más profundo secreto.

Vad.—Cuando digo que es un fenómeno... una mujer que no quiere que se hable...

Fed.—Con esto me dejó, y cuando en seguida recibí la contestación que había ido a buscar y traté de montar a caballo, me hallé a la puerta en lugar de uno que no valía gran cosa, con uno magnífico que me había regalado... por más señas que me lo mataron en una acción que tuvimos cinco días después.

Vad.—¡Pobre animal...! Entonces cabalmente fué cuando acabé de ponerme a la moda.

Fed.—Desde esta última entrevista sigo ascendiendo en mi carrera con tal rapidez que yo mismo estoy aturrido.

Vad.—Ya lo creo... ¡tres grados en dos meses!

Fed.—No te imaginas, tampoco, que los he robado... porque si por la mañana de cada día se combate se podía decir que lo que tenía se lo debía al favor, por

la tarde no había nadie que no lo creyera justicia.

Vad.—Eso quiere decir que te has batido como un cosa-co entre dos vinos, ¿no es así? Pues mira, en esta parte confieso que me llevas ventaja, porque yo aunque también he ascendido, no he soñado en batirme ni poco ni mucho.

Fed.—¿Qué tiene eso de particular? ¿No eres Chambe-lán?

Vad.—Y pacífico por naturaleza, afición y cálculo. ¿Qué sería del Estado y aun de la sociedad, si los chambe-lanes fuesen a la guerra y los matasen! Pero volvamos a tu cuento.... supongo que no piensas día y noche en otra cosa sino en tu linda enigma....! Qué, ¿la amas con furor?

Fed.—Lo que es amarla, no; pero sí resiento por ella la amistad más viva, la gratitud más sincera.

Vad.—No basta, no basta eso; sería mucho mejor que la adorases.

Fed.—Pero el caso es que amo a otra.

Vad.—Eso no quita que puedas también amar a ésta.... ¿quién dice que no se puede amar en este mundo a quince o veinte a la vez?

Fed.—¿Y yo había de faltar a mi palabra de quebrantar mis promesas y juramentos? No, no, jamás.... lo más raro de mi historia y lo último que me quedaba por contarte es que todavía se me figura que al entrar a esta sala he visto atravesar por aquel corredor como si saliera de las habitaciones de las damas de la Reina, a una joven cuya talla y traje eran bien semejantes a los de mi desconocida.

Vad.—¿De veras....? Qué fortuna sería que no te hubieras equivocado.... que estuviera aquí.... que la hallaras tan fina como antes, y prodigando como antes nuevos favores y ascensos a toda nuestra familia, primo mío, ¡Ah! qué primo me ha dado Dios en tí tan interesante y tan impagable.... Pero oyes, Federico.... supongo que serás de los nues-

tros.... porque aquí donde me ves estoy lo que se llama lanzado en los negocios públicos.... se habla en el día mucho de mí.... algunos dicen que soy ambicioso.... y quizás aciertan.... ¿Quién es el que está satisfecho con su suerte....? pero, ambicioso o no, lo cierto es que me he juntado con otros amigos y que hemos formado una especie de liga en contra de todos los pelucones del Consejo de Estado.... tú nos apoyarás.... queremos en primer lugar que se envíe a tomar aires al Primer Ministro....

Fed.—Al Conde de Rantzoff, no, no, no quiero pertenecer a ningún partido.

Vad.—Pobre de tí si dieras en esa gracia.... serías el hazmerreír o la víctima de todos ellos.... ¡Vaya! Cómo se conoce que no tienes experiencia.... pero pronto te formarás con las lecciones que te irá dando un político tan consumado como yo.

Fed.—¿Político tú? no lo dudaría si no supiera que para ser político, o lo que es lo mismo hombre de Estado, se requiere tener talento, habilidad.

Vad.—Sí, sí.... se requiere tener el talento de echar abajo a los que son más que uno, y la habilidad de ponerse en su lugar.... o a lo menos esto es lo que significan ambas palabras en el vocabulario de la Corte.... pero qué ruido se advierte.... sin duda que es la Reina que sale a dar su paseo acostumbrado.

Fed.—¡La Reina!

Vad.—La misma y va a pasar por aquí.... saca pronto tus pliegos y verás con qué gracia te presento a ella.

Fed.—¿Pues no estoy temblando? Ya se ve como es la primera vez....

Escena 5ª.

La Reina, el Conde, dos ministros, damas, oficiales de

Palacio y dichos. La Reina vestida con mucha sencillez y con el collar de la orden "Estrella Polar" al cuello.

Rei.—No, no; no quiero oír más las observaciones, o más bien las reconvenciones de vuestras mercedes... ya no soy ninguna niña de diez años... y de consiguiente, ya no tengo necesidad de pedagogos.

Fed.—(A Vaderg, bajo.) ¡Qué veo, Vaderg! ¿esa dices que es la Reina?

Vad.—(Idem.) Cállate, por Dios.

Fed.—(Idem.) Es que es la misma joven....

Vad.—(Idem.) Cállate por Dios.... delante de la Reina ni siquiera se pestañea.

Rei.—(Aparte, reparando en Federico.) Conde de Rantzoff, le repito a usted que quiero que el Conde de Pilhzon salga al punto desterrado de la Corte. ¿No ha oído usted que lo quiero? ¡Cielos, Federico....!

Fed.—Ella es, no hay duda.

Rei.—(A Vaderg.) ¿Quién es ese joven oficial?

Vad.—Señora.... este joven oficial acaba de llegar del ejército.... es un pariente mío.... Federico de Bury, Capitán de Estado Mayor.

Fed.—(Tímido.) Señora.... el General en Jefe.... este pliego....

Vad.—Disimule vuestra merced su turbación.... mi primo es todavía muy joven y muy tímido.... y luego, como no está acostumbrado....

Rei.—Su turbación, en efecto, es muy natural.... deme usted ese pliego.... (le toma.)

Vad.—(Bajo a Federico.) ¿Qué diablo, ni siquiera le haz hecho las tres cortesías de cajón!

Rei.—(Recorriendo con la vista el pliego.) ¡Ah, un armisticio! ¡La Dinamarca nos ofrece la paz!

Con.—¡La paz!.... ¡Qué noticia tan feliz para la Suecia!

Rei.—¡Oh! muy feliz.... y por lo tanto, el capitán que la ha traído es acreedor a que se lo agradezcamos..... mil gracias, señor Mayor.

Fed.—¡Ah, señora!

Vad.—(Aparte.) ¡Conque ya nos han hecho Mayor! a este paso....

Fed.—(Aparte.) No sé lo que me sucede.

Con.—(Bajo a la Reina.) Y qué, señora, con tan plausible día, no podré yo esperar que el enojo de vuestra Majestad contra el Conde Pilhzon...

Rei.—Está bien, que se quede en buena hora en Stokolmo; no hablemos más del asunto.... tome usted, Conde, sus papeles, y examínelos usted al instante.... (Manos Conde a Federico.) Señor Mayor.... el General me dice que usted me podrá informar sobre el estado de la frontera..... espere usted.... Vaderg, haga usted que se retiren los coches, pues ya no pienso salir hoy por la mañana.... (A la comitiva que se retira.) los negocios antes que todo, señores....

Escena 6ª.

La Reina y Federico.

Rei.—(Aparte.) ¡Pobre joven! ¡pues no está temblando! es fuerza tranquilizarlo. Y bien, Federico, ¿no se acerca usted?

Fed.—Señora....

Rei.—Vamos, acérquese usted.... que, ¿me tiene usted miedo?

Fed.—(Acercándose.) ¡Ah, señora! perdóneme vuestra Majestad si aturdido....

Rei.—Sí, sí, le perdono a usted todo con tal que se seren.... y que podamos hablar estos tres o cuatro minutos que me dejarán sola.

Fed.—¡Apenas puedo creer a mis propios ojos....! hablar en vuestra Majestad la misma persona, cuya bondad me ha protegido en todas partes.... cuyos beneficios....

- Rei.—Cállese usted, cállese usted.... ¿no se acuerda usted que me ha prometido guardar el secreto?
- Fed.—Permita vuestra Majestad que a lo menos la pueda manifestar todo mi reconocimiento.... toda....
- Rei.—Eso es.... haga usted ahora conmigo lo que hacen los demás.... hábleme usted balbuciente, protésteme su celo, mienta usted como ellos cuando lo creen necesario.... pues que, Federico, no soy yo por ventura aquella misma joven, aquella muchacha, como usted la llamaba, con quien usted hablaba de sus penas, de sus placeres, de sus esperanzas....!
- Fed.—Es que entonces yo ignoraba que aquella joven era la Reina, y....
- Rei.—Vuestra merced lo ignoraba y yo lo olvidaba... ¿qué importa eso?
- Fed.—Que si yo lo hubiera sabido.... ¡ah, señora, qué recuerdos! así me ve vuestra Majestad ahora confuso.... sin acertar el cómo excusarme....
- Rei.—¿De qué?, de que no me saludaba usted con la rodilla en tierra.... de que me respondía con más que monosílabos.... No, no crea usted que me he resentido por eso.... todo lo contrario.... y cuántas veces en este mismo Palacio, donde cuanto me rodea es falso a compaz, he traído yo a la memoria con delicia nuestras conversaciones en el parque, tan francas, tan cordiales....! Entonces era usted lo que deseo que sea usted ahora.... mi amigo, mi consejero....
- Fed.—Pero ...
- Rei.—(Con impaciencia, sonriéndose.) Cuando le digo a usted que así lo quiero.... ¡Ay, Dios mío, pues no tomaba ya el tono de Reina! ¡Lo que puede la mala costumbre! Verdad es que quizá convenga el recordarle a usted de cuándo en cuándo la dama del parque.
- Fed.—(Con viveza.) ¡A mí! Oh, no, señora.... en todas las circunstancias de mi vida, que me parecía un largo sueño, vuestra Majestad se me aparecía siem-

pre como el primer día que tuve la dicha de verla.... y entonces juraba que me haría digno de su protección.... lo juraba por esta espada que no se ha separado nunca de mí, que me ha sacado con bien y honor de tantos combates, y cuya vista bastaba para que no pudiera olvidar un solo instante tantos favores, tanta amistad.... ¡Ah, qué he dicho!.... perdóneme vuestra Majestad si se me ha escapado esta palabra.

Rei.—Gracias a Dios.... ya emiempo usted a hablar.... y dígame usted Federico, ¿está usted contento con su suerte?

Fed.—¿Cómo no lo estaría, señora? ¿Podía yo esperar por ningún motivo un ascenso tan rápido? ¿Yo.... un oscuro oficial....?

Rei.—Usted se equivoca, Federico; su familia de usted, aunque de origen extranjero, ha prestado en todos tiempos muy buenos servicios a la Suecia.... El apellido De Bury ha sido ya citado repetidas veces con elogio en las relaciones de nuestras victorias.... Oh, lo sé todo esto porque he tomado muchos informes secretos y.... de ahí que mis ministros lo ven a usted ascender sin poder adivinar nunca la mano que le empuja.... me divierto en eludir sus preguntas, y en intrigarles a mí vez un poco, en cambio de lo mucho que se desquitan ellos conmigo en otras ocasiones.... Con todo, ahora que lo vi a usted tan impensadamente, confieso que recelé hubiera entre los palaciegos algunos con ojos de lince que se hubieran apercebido de lo que pasaba en mí.... aunque por otra parte me daban unas tentaciones de risa al notar su sorpresa de usted.... su embarazo.

Fed.—En efecto, no podía ocultar mi turbación....

Rei.—Que, ¿no sabe usted disimular?

Fed.—No, señora, ni poco ni mucho.

Rei.—Entonces no es usted bueno para cortesano.

Fed.—Así me lo parece también a mí.

Rei.—Y bien.... por lo mismo se quedará usted a mi lado para que forme usted contraste.... cabalmente está vacante la plaza de mi primer caballerizo por la muerte del pobre barón de Horn, y se la doy a usted.... hállese usted en esta galería cuando yo salga esta tarde para Stokolmo, y entrará usted desde luego en sus funciones.... usted es el que me dará la mano hasta el coche.

Fed.—¿Yo, señora?

Rei.—Sí, así lo previene la etiqueta.... pero cuidado, Federico, mire usted que le voy a concitar a usted muchos enemigos.... ¿los teme usted, acaso?

Fed.—Protegido.... sostenido por vuestra Majestad, ¿qué puede intimidarme?

Rei.—Vuestra merced gusta de las bellas letras, de las artes.... usted por lo menos me lo ha dicho.... ¿no es verdad, Federico, que usted gusta de ellas?

Fed.—Y cien veces más de lo que antes me gustaban, desde que sé que vuestras merced las cultiva.

Rei.—¡Qué tal! ¡El que decía que no era bueno para cortesano....! lo mismo que los demás.... está en el ambiente lisonjero que se aspira en estos salones.

Fed.—¿Vuestra Majestad duda de mi franqueza? ¡Ah! crea vuestra Majestad que mi gratitud durará lo que mi vida.... se lo juro a sus pies.... (Se echa a sus pies.)

Rei.—¿Qué hace usted.... levántese usted.... por Dios.... (se levanta) no ve usted que si alguno entrara.... qué bien se conoce que usted surca por primera vez este piélago de Palacio tan erizado de escollos.... y de piratas.... donde basta una imprudencia para que.... pero mi Primer Ministro vuelve.... retírese usted un poco.... no tanto.... así....

Escena 7*.

El Conde y dichos.

Rei.—Y bien, señor Conde, ¿ha examinado usted ya estos pliegos?

Con.—Sí, señora... son de la mayor importancia y...

Rei.—Prosiga usted, ¿de qué tratan?

Con.—(Mirando a Federico.) Decía que contenían cosas tan interesantes como reservadas.

Rei.—¡Ah! tiene usted razón... señor Mayor, nos volveremos luego a ver... no se aleje usted de Palacio. (Federico saluda y se retira. La Reina le sigue con la vista.)

Escena 8*.

La Reina y el Conde.

Con.—¡Supongo, señora, que este joven oficial habrá ya explicado a vuestra Majestad cuál es la situación del ejército?

Rei.—(Con embarazo.) Sí... en efecto... ya me ha dicho cuanto yo deseaba saber.

Con.—¿Y habrá enterado a vuestra Majestad de todos los pormenores?

Rei.—En todos, en todos.

Con.—Porque el General le habrá encargado sin duda...

Rei.—Conque volviendo a los pliegos...

Con.—La Dinamarca nos pide la paz y para asegurarla mejor, propone que Vuestra Majestad se case con el Príncipe Ulrico, quien llevaría en dote...

Rei.—Otro matrimonio en campaña... ¡ya me lo esperaba yo!

Con.—Qué quiere vuestra Majestad, sus fieles vasallos ven con dolor que vuestra Majestad desecha todos los enlaces con que la brindan las principales cor-

tes. Por otra parte, me han asegurado que el Príncipe Ulrico reúne las cualidades más brillantes.... que es joven, amable y valiente....

Rei.—¿Qué me importa a mí lo que sea?

Con.—¿Cómo! ¿Se negaría vuestra Majestad siempre al placer de amar y de ser amada?

Rei.—No.... lo que es eso creo que no.

Con.—El Príncipe Ulrico ayudaría a vuestra Majestad a soportar el peso de la Corona....

Rei.—¿Le parece a usted, señor Conde, que a mí me abrumba acaso?

Con.—No, señora, de manera alguna.... me parece por el contrario que pocos principen en Europa prometen tan bien como vuestra Majestad, ocupar dignamente el trono de sus mayores.

Rei.—¡Ah, señor Conde....!

Con.—Ya sabe vuestra Majestad que no sé adular.

Rei.—Es verdad.... y por otra parte si algún día llego a adquirir alguna reputación nadie podrá vanagloriarse mejor que usted, puesto que usted ha sido quien ha dirigido mi inexperiencia, por eso tengo tanto cuidado en escuchar sus reconvenciones, sus consejos.

Con.—Que vuestra Majestad no sigue siempre, sin embargo.

Rei.—También eso es cierto.

Con.—Pero a lo menos hace justicia a mis intenciones. Bien conozco que mis arrugas y chocheos desagradan soberanamente a nuestros jóvenes palaciegos.... me han dicho también que se intriga para que yo me aleje de la Corte....

Rei.—¡Alejarse usted de la Corte! ¿vuestra merced, amigo mío? no, no lo crea usted, no es usted de los que uno se separa con tanta facilidad.... pero veamos, ¿qué opina usted sobre las proposiciones de los dinamarqueses, y sobre el armisticio?

Con.—Por lo que respecta a las primeras, creo que vuestra Majestad esta noche en Stokolmo deberá oír el

dictamen de su Consejo de Estado.... son de demasiada importancia para que vuestra Majestad proceda de ligero.... en cuanto al armisticio, voy a escribir al General en Jefe que vuestra Majestad lo acepta.

Rei.—Muy bien.... al cabo este paso no nos liga para después y siempre ganamos tiempo con él.

Con.—Dispondré por lo tanto, que Federico de Bury se vuelva al punto con esta respuesta. (Saluda y hace como que se va.)

Rei.—Federico.... no, deténgase usted, señor Conde.... ese joven acaba de llegar..... tiene en Stokolmo parientes con quienes quizá querrá permanecer unos días.... y sería por cierto mucha crueldad enviarlo así.... tan.... en fin, yo deseo que se quedé y se quedará.

Con.—No, señora, no se quedará.

Rei.—¡Cómo! usted se atreve....

Con.—Decía que no se quedaría, porque existen razones muy poderosas que se oponen a ello, y las que luego que vuestra Majestad conozca....

Rei.—Explíquese usted....

Con.—Porque cuando se arriesga el sosiego de una familia respetable....

Rei.—Pero, vamos, ¿qué es ello? Basta por Dios de preámbulos.

Con.—Me han asegurado que Federico tiene en Stokolmo una intriga amorosa....

Rei.—¿Qué dice usted! ¿Una intriga amorosa?

Con.—O mienten todas las señas.... parece que en vuestra misma Corte existe cierta dama.... cuyo nombre no me han sabido decir.... que ejerce mucho influjo, que le protege en secreto, y que....

Rei.—Oh, ¿no es más que eso?

Con.—Ella es sin duda la que le ha hecho venir ahora....

Rei.—No, no señor, no ha sido ella.

Con.—Cómo, señora.... vuestra Majestad sabe....

Rei.—Sí, sí.... sé algo sobre el particular.... muy poco....

Con.—¿Y puedo yo conocer quién es esa protectora?

Rei.—¿Usted? No, cabalmente usted es la última persona que ella quiere que lo sepa.

Con.—Razón de más para que yo trabaje en que aborta una intriga que no hubiera debido nunca confiar a vuestra Majestad.

Rei.—Es que nadie me la ha confiado.... yo he sido la que he adivinado el secreto, y.... porque hay secretos, Conde, que no son del resorte ministerial, y que están sin embargo al alcance de cualquier mujer.... ¿me entiende usted?

Con.—Repito, señora, que vuestra Majestad no debe tolerar que este joven se quede en Stokolmo, y que por mucho que sea el influjo que la dama que le protege ejerza sobre el ánimo de vuestra Majestad, yo trataré de....

Rei.—Mire usted, Conde, dentro de media hora y cuando la Corte deje esta residencia para volverse a Stokolmo, la dama en cuestión estará....

Rei.—Muy cerca.... y el Mayor Federico de Bury la dará precisamente la mano.... entonces sólo es cuando podrá usted saber si le conviene luchar y enemistarse con su protegido.... pero hasta entonces....

Con.—Entonces, señora, no insistiré menos en que Federico se vaya, y con igual motivo.... y no crea vuestra Majestad que será un mero capricho de mi parte.... no, señora, que obraré en mi interés propio y en el de toda mi familia, porque cuando se trata de la felicidad futura de mi sobrina....

Rei.—De su sobrina de usted! ¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Qué punto de contacto puede haber entre su sobrina de usted y Federico?

Con.—Toma, que los dos se aman.

Rei.—¿Se aman?, imposible.

Con.—O por mejor decir se adoran, según lo que recíprocamente se protestan y juran a cada instante del día ... en cuanto a la sinceridad y constancia del joven Federico no estoy muy seguro que digamos, pero por lo que respecta a la muchacha pondría las manos en el fuego.... es una amistad contraída en la primera infancia, y que luego ha ido tomando poco a poco todo el carácter de una verdadera pasión.... desgraciadamente a mí no me agradan ya las pasiones en los demás.... sin duda porque las mías se han ido con los años Dios sabe dónde.... de ahí que tampoco apruebe semejantes amores, y que esté dispuesto a separar a toda costa a los dos interesados.

Rei.—Hace usted muy bien, pero como....

Con.—Además tengo prometida la mano de mi sobrina al hijo del Barón de Pilhzon....

Rei.—Eso sí.... es un enlace que la conviene mucho.... que se hará.... que yo quiero que se haga.

Con.—¡Qué oigo! ¿Vuestra Majestad aprueba este enlace?

Rei.—Ciertamente.... que se casen.... que se casen, puesto que acomoda tanto a las dos familias.

Con.—En este caso, es preciso principiar por alejar al joven Federico de Stokolmo, según propuse antes a vuestra Majestad.

Rei.—¿Y por qué no a ella?

Con.—Porque lo primero es lo más pronto y más natural. Reflexione vuestra Majestad y....

Rei.—¿Pero no decía usted que no confiaba mucho en la fidelidad de Federico? Pues esto equivale a decir que no la ama y entonces....

Con.—No, no me ha entendido vuestra Majestad.... una cosa es que yo no crea mucho en la duración de su amor, porque a su edad cada objeto nuevo interesa o distrae.... y otra cosa es que yo dudó que en este momento esté realmente apasionado. ¡Ni có-

mo dudarlo cuando él mismo me lo acaba de confesar!

Rei.—¿El mismo?

Con.—Sí, señora.... no hace un cuarto de hora.... en esta propia sala.

Rei.—(Aparte.) ¡El mismo!

Con.—Véame pues vuestra Majestad ocupado enteramente en desunir estos dos amantes.... a mí que tengo tantas otras cosas en la cabeza.... cómo ha de ser.... al cabo también esto huele a diplomacia.... y lo lograré.... Oh, sí lo lograré.... no he de haber sido en balde veinte años Primer Ministro. Pero ahora que me acuerdo.... vuestra Majestad me ordenó que la trajera hoy por la mañana, a mi sobrina.... y ya la había yo conducido a la sala inmediata esperando a que vuestra Majestad se dignase.

Rei.—Está bien.... vaya usted por ella.... (Sentándose a la derecha.) deseo conocerla.... oh, deseo mucho conocerla.

Escena 9ª.

Emma y dichos. Después Váderg. El Conde va a buscar a su sobrina y la trae de la mano.

Con.—Ven, hija mía, ¿por qué tiemblas?

Emm.—(Bajo, a su tío.) Porque tengo miedo.

Con.—Qué niñería. Permítame vuestra Majestad que tenga el honor de presentarla a mi sobrina Emma.... ¿No es verdad que es muy bonita, y que sería lástima dársela a un aventurero?

Rei.—(Aparte y mirándola.) Bonita, no; bonituela y nada más. Aproxímese usted, niña.... la sobrina del Conde de Rantzoff puede contar en todo tiempo con mi protección.

Emm.—Señora.... mi gratitud.

Rei.—Su tío de usted quiere asegurar su bienestar de usted.... y yo también.... Conde de Rantzoff, presénteme usted mañana en Stokolmo al hijo del Barón de Pilhzon.

Emm.—¡Cielos!

Rei.—Este es el esposo que su tío de usted la designa.... que yo la doy y que usted amará.

Con.—(A media voz a la Reina.) Por Dios, señora.... ese tono tan severo....

Rei.—(Toca la campanilla que tiene sobre la mesa.) Quién, yo.... no lo crea usted, es mi tono natural y.... ¡Hola!

Vad.—Señora.

Rei.—Chambelán Vaderg, prevenga usted a su primo.... a ese joven oficial que ha traído pliegos del General en Jefe, que se presente en el Ministerio a recoger la respuesta, y que con ella salga ahora mismo para el Cuartel General.... ahora mismo, ¿lo entiende usted? ¡Ah!.... usted le acompañará, y espere a su lado mis órdenes ulteriores. (Manos.)

Escena 10ª.

Emma, el Conde y Vaderg.

Con.—(Aparte.) ¡Con qué calor toma este asunto! Bien sabe Dios que no sé a qué atribuir....

Emm.—(Aparte.) ¡Jesús, qué poco amable es esta Reina!

Vad.—¡Cómo! ¡Cómo es eso! ¿Que yo me vaya al ejército?

Con.—Créame usted, señor Vaderg, que siento mucho este accidente, y....

Vad.—(Aparte, alto.) ¿Lo siente usted, eh? ¡Y dice que lo siente! Pues mire usted, señor Conde, no se figure usted por eso que nos destierran.... No, señor, qué disparate, no nos hemos todavía ido.... mi primo Federico tiene protectores cerca de la Reina y

Con.—Lo que son protectores lo dudo.... tendrá quizá, alguna protectora....

Vad.—Allá se va.... o quizá sea mucho mejor.... y le aseguro a usted que si la tal señora quiere siquiera abrir la boca en favor suyo....

Emm.—¿Qué dice usted!

Vad.—Sí, señorita, tenemos quien nos proteja.... y crea usted que cuando más perdidos parecemos, será entonces cuando estaremos más ganados.... porque repito que la tal señorita disfruta del mayor influjo con su Majestad y sabrá defendernos contra nuestros enemigos.... tanto a Federico como a mí.

Con.—¿Conque se interesa igualmente por los dos?

Vad.—No, señor.... Eso no es exacto y yo no quiero colgarle milagros ajenos.... por quien se interesa en primer lugar es por Federico.... y luego entro yo.... por carambola.... que de algo me había de servir el ser su primo.

Emm.—(Aparte.) Qué más claro se ha de explicar.

Con.—(Aparte.) Ya lo entendió Emma.

Vad.—Ella ha sido la que le hizo en cuatro días oficial, capitán, y mayor.... y la que quizá le hará también general.

Con.—Como no le haga ministro.

Vad.—¿Y por qué no....? de peor paño se han hecho monteras.

Emm.—(Aparte.) Qué martirio.

Con.—Y por supuesto que será muy linda.

Vad.—Preciosísima.... digo yo que lo será.

Con.—¿Y se llama?

Vad.—Se llama.... el caso es que no les puedo decir a vuestras mercedes su nombre por la sencilla razón de que no lo sé.

Con.—Pero a usted le basta con que su primo de usted la ame y....

Vad.—Ya se ve que me basta.... ¿y por qué no la había de amar? Una mujer que lo ha hecho a él todo lo que es.... que me ha hecho a mí todo lo que

soy.... que nos hará a los dos todo lo que seremos.... Pues yo, si estuviera en su pellejo, no sólo la amaría, sino que la idolatraría. La verdad es que yo soy un hombre de pasiones muy vivas.

Emm.—(Al Conde, bajo.) En efecto.... ahora recuerdo su turbación.... sus miradas distraídas....

Con.—(Idem.) Chito.... ya ves si es digno de tu cariño; veamos ahora a qué dama da la mano.

Vad.—(Aparte.) No he dado mal café al vejancón.... está que salta.

Escena 11ª.

Federico y dichos.

Fed.—Emma. Sería acaso cierto lo que me acaban de asegurar.... es verdad que el joven Pilhzon....

Con.—(Bajo a Emma.) Sí, señor.... dícelo tú.... y véngate.

Emm.—Sí, señor.... ha pedido mi mano.... y como me ama....

Con.—(Idem.) Animo.

Emm.—Y cómo me será fiel....

Fed.—¡Qué escucho! ¿Le aceptaría usted por esposo?

Emm.—Mi familia lo desea....

Con.—Y la Reina lo manda....

Fed.—¿Pero usted, señorita....?

Emm.—También he dado mi consentimiento. (Haciéndole una reverencia y yéndose con su tío.)

Escena 12ª.

Federico y Vadery.

Fed.—¡Sueño por ventura! ¡Emma, Emma! Lo que es de su tío, no, no extraño.... siempre lo he conocido vano, altanero, insensible; pero ella....

Vad.—Válgate Dios, y qué gusto tendré cuando me digan que su excelencia ha ido a tomar baños sulfúricos quinientas leguas más allá de las fronteras.

Fed.—¡Pero ella.... a quien amaba yo con tanta ternura....!

Vad.—¡Hola! ¿conque tu amabas a la sobrina del Conde de Rantzoff? ¡y qué calladillo lo tenías!

Fed.—¡Pérfida! No la volveré a hablar en mi vida.... no la miraré siquiera.

Vad.—Y harás divinamente, porque todos los suyos son mis mayores enemigos.... los tuyos, quiero decir.

Fed.—¡Ah! No sé si podré olvidarla; pero haré cuanto esté de mi parte.... sí, lo juro por lo más sagrado.

Vad.—Olvidala, olvidala.... y para conseguirlo mejor acuérdate desde ahora de cualquiera otra.

Fed.—¿Pues, y el Conde? ¡con qué desdén me ha tratado!

Vad.—No hay más que pagarle en la misma moneda, desprecio por desprecio.

Fed.—Ya se ve que lo haré.

Vad.—Y si me quieres creer, no pares hasta que lo arruines completamente.... porque yo no tengo mal corazón, eso es otra cosa, pero nada me divierte tanto como el ver arruinados a los que no son de mi partido.

Fed.—Creerá sin duda el señor Conde que yo necesito para medrar en la Corte, de su apoyo, de su protección.... pues se engaña de medio a medio.... y si ahora mismo me ofreciera la mano de su sobrina seguro está que yo la aceptara.

Vad.—Con todo, vale más que no te la ofrezca.

Fed.—¿Y por quién me sacrifican? ¡Por Pilhzon, por un fatuo!

Vad.—Otro que bien baila, y a quien también enviaremos a correr cortes.... pero dime, Federico, ¿has visto ya a tu protectora?

Fed.—Sí, amigo mío, la he visto.... y si supieras.... pe-

ro no, no te puedo contar nada, porque lo he jurado y....

Vad.—Enhorabuena.... eso quiere decir que lo tendré que adivinar.... lo que no me costará mucho trabajo, porque conozco a todas las damas.... las hay feas, las hay bonitas.... aunque son muchas más las feas que las bonitas.... pero lo esencial es que tenga mucho favor con la Reina.... lo demás importa un bledo.

Fed.—¡Oh! lo que es favor con la Reina, yo te respondo que lo tiene mucho.

Vad.—Será indudablemente una de las primeras damas de la Corte, ¿eh!

Fed.—Sí, sí...., una de las primeras.

Vad.—¿Y la has encontrado tan fina como antes?

Fed.—Quizá más.

Vad.—Entonces este es el momento de que pongamos su cariño a la prueba... pues si ella no nos cubre hoy con su manto los dos somos hombres perdidos.

Fed.—¿Estás loco?

Vad.—Dígolo porque te envían de nuevo al ejército.... lo que quizá te será a ti indiferente... pero el caso es que también me envían a mí.... lo que sí te he de decir lo que siento, maldita la gracia que me hace.

Fed.—¿Nos envían al ejército?... ¿Y quién?

Vad.—La Reina.

Fed.—¿La Reina?

Vad.—La que al mismo tiempo te prohíbe el que vuelvas a presentarte delante de ella.

Fed.—La Reina.... cuando no hace un instante... no me admira... era aquello demasiado inexplicable para... ¡cómo ha de ser!, ¡paciencia!

Vad.—¡Qué paciencia ni que calabaza!, lo que has de hacer ahora es correr en busca de tu bella desconocida, y que ella nos saque del berenjenal.

Fed.—¡Ah, pobre Vaderg... si no nos queda otro recurso...! en fin, todo se acabó, partamos.

Vad.—No, señor, qué desatino, no se desanima uno tan pronto, ni deja así el campo a sus enemigos.... poquito se reirían de nosotros el Conde de Rantzoff y su sobrina.

Fed.—¡Qué! Piensas tú acaso que ellos....

Vad.—Por supuesto.... los dos han estado hablando con la Reina y la llenarían la cabeza de chismes.

Fed.—En efecto.... con la Reina se quedó el Conde cuando.... ¡qué infamia! Y Emma después entraría y.... está visto es indispensable que nos marchemos al punto.

Vad.—¿Que me marche? ¡Yo! Hasta ahí podían llegar las chanzas.

Fed.—Pero hombre, si lo ha mandado la Reina, ¿a qué esperamos?

Vad.—A que lo mande otra vez.... los reyes hablan alto y bajo para nosotros los palaciegos, según lo que nos dicen.... Si es un empleo lo que nos anuncian, se les entiende al punto con que muevan sólo los labios.... pero si es un destierro o cosa que se lo paraca, entonces tienen el trabajo de repetirlo hasta tres veces cuando menos, porque de lo contrario nos quedamos en ayunas por más que se desgañaban.

Escena 18ª.

Dichos, la Reina, un oficial de Palacio, damas, pajes, etc.

Ofi.—La Reina.... señor Vaderg, ¿está todo pronto para la ida de su Majestad?

Vad.—Voy a asegurarme de ello por mí mismo. (Manos.)

Rei.—(Ahora sale.) Y bien, Barón de Stenberg.... ¡cómo! ¿usted aquí todavía?

Fed.—Perdone vuestra Majestad, iba en este momento a obedecerla y a retirarme.... una vez que he te-

nido la desgracia de ofender a mi soberana. . . . aunque yo no atino, sin embargo. . . .

Rei.—Faltaría a lo que debo al Conde de Rantzoff si permitiera que usted permaneciese por más tiempo en la Corte. . . . Importa, según parece a su propio socio y el honor de su familia el que usted se aleje para siempre de donde ésta habita.

Fed.—Pero, señora, ¿de qué ha podido el Conde acusarme?

Rei.—¿Ha olvidado usted por ventura el amor que profesa a su sobrina?

Fed.—¡Yo!

Rei.—Sí, usted. . . . y el Conde de Rantzoff juzga que ni el nacimiento de usted ni su posición en la sociedad. . . .

Fed.—El Conde de Rantzoff, señora, puede desde ahora tranquilizarse. . . . su sobrina jamás me ha amado. . . . y por lo que a mí me toca, protesto a vuestra Majestad que si ciertos recuerdos de mi primera juventud, habían podido alucinarme por algunos instantes, ya he reconocido lo poco que valían, y me he alegrado de que se hayan roto para siempre los endebles lazos que en cierto modo me sujetaban.

Rei.—¿Conque no ama usted a la sobrina de Rantzoff?

Fed.—No, señora; puesto que ella se cree libre de todo compromiso. . . . yo también.

Rei.—¿Me engaña usted, Federico?

Fed.—¿Yo engañar a vuestra Majestad?

Escena 14ª.

Dichos, el Conde y Emma.

Con.—Aquí tiene vuestra Majestad, señora, a la futura Baronesa de Pilhzon, que acepta con reconocimiento el esposo que vuestra Majestad la ha escogido.

Emm.—(Aparte.) ¡Con reconocimiento!

Rei.—(Mirando a Federico.) ¡Ah! me alegro infinito. . . . muy bien. . . . perfectamente. . . .

Con.—Y aquí están los pliegos que el señor Mayor de Bury debe conducir a su general.

Rei.—No, no... lo he pensado mejor... encargue usted de esta misión a cualquiera de los oficiales de mi Palacio.

Con.—(Aparte, alto.) ¡Por vida de la Protectora! Pero, señora....

Rei.—En cuanto a su sobrina de usted, conviene que permanezca en esa residencia hasta que se case.... no nos seguirá, pues, a Stokolmo, bajo ningún pretexto.... ¿Me ha comprendido usted, Conde?

Fed.—(Aparte.) ¡Hasta que se case!

Con.—(Aparte.) Esta es otra jugarreta de la susodicha mujer.

Escena 15ª.

Dichos, Vaderg y otros oficiales.

Vad.—Ya puede vuestra Majestad cuando guste, subir a su coche.... todo está listo.

Rei.—Chambelán Vaderg, estoy muy satisfecha del celo e inteligencia que usted despliega en mi servicio.... y de consiguiente he tenido a bien determinar que continúe usted junto a mi persona, en vez de ir al ejército.

Vad.—(Bajo a Federico.) Señora.... Se volvió la tortilla.... apuesto a que tu desconocida se ha pronunciado por nosotros.

Emm.—(Bajo a su tío.) ¿Ha descubierto usted ya quién es la dama?

Con.—(Bajo.) ¡Cállate! no me distraigas.

Fed.—(Mirando a Emma.) No puedo mirarla sin que mi corazón se quiera salir del pecho.

Vad.—Bajo, a Federico.) Qué ojos nos echa el Conde.

Rei.—Vamos, señores.

Emm.—(Bajo a su tío.) ¿Es alguna de las que acompañan a la Reina?

Con.—(Idem.) Ahora te lo diré.

Rei.—Y usted, señor Mayor de Bury....

Con.—(Aparte.) ¡Cielos, qué horrible sospecha!

Rei.—(Federico ofrece la mano y se van con toda la comitiva.) Deme usted la mano como mi nuevo caballero.

Con.—(Aparte.) Ella es.

Emm.—(Bajo a su tío,) Y yo, ¿me quedo aquí?

Con.—(Con firmeza y tomándola de la mano.) No, ahora menos que nunca, sígueme a Stokolmo.

Fin del acto primero.

CRISTINA O LA REINA DE 16 AÑOS

Comedia en dos actos.

Acto segundo.

ACTO SEGUNDO.

Salón del Palacio de Stokolmo, con puerta a la derecha, mesa y recado de escribir.

Escena 1ª.

La Reina sentada leyendo un libro.

Rei.—*At Regina gravi, sun dudam causa cura vulnus alit venis...* ¡Qué versos tan lindos los de Virgilio!... cuando uno los entiende... y yo no los entiendo siempre... Por fortuna que tengo aquí una buena traducción y que cuando me veo apurada... con todo bueno será que mis cortesanos ignoren todavía que cometo muchos errores... porque una reina debe tener siempre por necesidad, ciencia infusa y completa... Veamos... *at Regina...* ¡En verdad que mi profesor Vocio me ha designado para hoy una lección bien interesante! Cuánto no compadece la pobre Dido luchando con un amor que no se atreve a confesar a nadie. (Se levanta.) ¡Pero cómo es que Federico no ha venido todavía! ¡Qué, no le habrán dicho que yo le llamaba! También confieso que me tiene inquieta la idea de lo que el Conde puede haberse figurado en esta ocasión... ¡Me examinaba esta mañana con ojeadas tan severas! ¿Y para qué? ¿Porque distingo y protejo a un joven militar valiente e instruido. ¿Qué tiene esto de extraño, gustándome tanto como me gusta el valor y la instrucción en los hombres? Sí; pero yo cuento con muchos oficiales en mi ejército que

son muy valientes y muy científicos, y a los que sin embargo no puedo sufrir a mi lado arriba de dos minutos.... en tanto que Federico.... pero siento pasos.... ¿si será él? Sentémonos y disimulemos. (Se vuelve a sentar y toma el libro.)

Escena 2ª.

Dicha, y Federico que saluda.

Rei.—¡Ah! es usted, me alegro mucho, señor Mayor, que no se haya usted hecho esperar. Tengo que hablar con usted sobre un asunto muy importante.... se trata nada menos que del reposo y la gloria de mi reino.... de mi propia dicha quizá....

Fed.—¿De la dicha de vuestra Majestad? ¿Y cómo? ¡Ah! señora, disponga vuestra Majestad de mí, de mi vida, si soy tan afortunado yo mismo que pueda concurrir de algún modo a la realización de aquélla.

Rei.—Sí.... sé que puedo contar con usted, con su.... con su adhesión y fidelidad.... por eso ve usted ahora que reproduzco aquellos tiempos en que yo poseía su confianza de usted.... en que usted obtenía la mía.... y en prueba de ello le elevo en este momento al rango de mi consejero.... de mi consejero íntimo.... así, señor Mayor, aconséjeme usted.... usted no ignora sin duda que los dinamarqueses al ofrecerme la paz.... ya ve usted que este es un asunto de estado.... ponen cierta condición....

Fed.—En efecto, señora.... si he de creer los rumores que se han esparcido desde mi llegada, parece que se habla de un enlace.... de un matrimonio....

Rei.—(Se levanta.) ¡Ah! ya sabía usted que.... y bien sí.... el interés de mi reino.... la importancia de terminar una guerra, que si se prolongara mucho

podría llegar a ser funesta... al menos así se me asegura... Todo concurre a que yo considere este negocio como muy grave... ¿no es verdad? y por eso le he hecho llamar a usted para... para consultarle... usted acaba de llegar del ejército... y usted me dirá con franqueza... porque usted es muy franco... si nuestra posición exige algunos sacrificios.

Fed.—No, señora... La campaña que se abrirá será indudablemente gloriosa para las armas de vuestra Majestad... Sus soldados están impacientes por pasar las fronteras, y pronto... muy pronto obligarán a los dinamarqueses a consentir en un tratado que no cueste o comprometa como el de ahora el porvenir individual de vuestra Majestad... señora, créame vuestra Majestad, venceremos a los dinamarqueses.

Rei.—Eso sería mejor... y agradezco infinito, señor Mayor, el empeño... el calor que usted pone en tranquilizarme.

Fed.—Ni uno solo de vuestros oficiales, señora, dejaría de hablar a vuestra Majestad en semejante lenguaje... ni uno solo hay que no esté como yo, dispuesto a derramar con delicia la última gota de su sangre en defensa y servicio de vuestra Majestad.

Rei.—Fede... señor Mayor... no, no lo creo que todos tengan el mismo celo... el mismo entusiasmo que usted siente por mi persona, v...

Fed.—Todos, señora, todos... aunque no todos tengan los motivos personales que yo tengo de eterna gratitud hacia vuestra Majestad para ansiar por el momento en que...

Rei.—Basta, señor Mayor, no hablemos de unos favores que usted ha sabido justificar tan bien... ¡Oh! no hay duda que ellos al principio han debido sorprender a usted, confundirlo... y muchas veces habrá usted pensado que... ¡Vaya, señor Mayor! dígame usted con franqueza lo que ha pensado usted... lo

que piensa ahora mismo sobre la causa del interés que le ha manifestado.

Fed.—Pienso, señora, que vuestra Majestad no ha podido mirar sin compasión....

Rei.—¡Compasión! ¡Ah, qué palabra! ¿Cómo puede usted pronunciarla?

Fed.—Viéndome sin méritos, sin bienes de fortuna....

Rei.—La idea sola me ofende.... No, Federico, no; quiero que a usted se le respete, no que se le tenga lástima.... si le faltan a usted títulos, yo se los daré.... si bienes de fortuna, yo me encargo también de procurárselos.... dicen que soy todavía una muchacha.... no diré que no.... pero no soy una muchacha que se gobierna tan fácilmente.... Tengo voluntad propia.... tengo poder suficiente para satisfacerla.... y aquellos a quienes yo estimo.... porque usted es uno de los que yo estimo más en este mundo.... pueden esperar.... sí, usted mismo no sabe lo que puede esperar todavía y.... pero ¿de qué estábamos hablando....? apenas me acuerdo ya, me he distraído, y....

Fed.—De vuestro ejército, señora.... de las proposiciones de la Dinamarca.

Rei.—¡Ah! sí, de la Dinamarca, del Príncipe Ulrico, porque en suma.... y usted lo sabe sin duda, no se trata de otra cosa, en este asunto, sino de que se corone en Suecia al Príncipe Ulrico.... y bien, ese Príncipe, ¿qué inclinaciones, qué gustos tiene? ¡Yo que tan apasionada soy de las bellas letras, de las artes! ¡Que quisiera fijarlas en mi Corte.... a quien la Italia envía sus mejores cantores y la Francia sus bailarines y sus novelas....! ¿Qué haría yo si por desgracia saliera luego el Príncipe con que tenía un carácter tétrico, reservado, avaro? No, no, vale más que vencamos a los dinamarqueses.

Fed.—Enhorabuena, señora, los venceremos.

Escena 3ª.

Dichos y Vaderg.

Vad.—Señora, todos los ministros están ya reunidos en el gabinete de vuestra Majestad.

Rei.—¡Antes de que se junte el Consejo! ¡Ah! Ya lo entiendo.... Esperarán convencerme y decidirme de antemano.... Señor Vaderg, decía no hace mucho a su primo de usted que tomaba mucho interés por todo lo que se relacionaba con su familia....

Vad.—Señora....

Rei.—Y por usted principalmente, de quien estoy muy contenta.

Vad.—Ah, señora....

Rei.—Unanse vuestras mercedes bien y apóyese el uno en el otro.

Vad.—Eso es precisamente lo que yo también le tengo dicho a mi primo.... como también que nos conviene a todos el que trate de enlazarse pronto con alguna familia poderosa por medio de un matrimonio ventajoso que....

Rei.—(Mirando a Federico, inquieta.) Cierto.

Fed.—Jamás.... quiero permanecer libre, quiero deberlo todo a la protección de la Reina.

Rei.—Federico.... Adiós, señor Vaderg.... cuente usted con mi particular aprecio.

Escena 4ª.

Federico y Vaderg.

Vad.—Por vida mía, Federico, que hay momentos en que creo que tú eres el que me debes a mi crédito personal todo lo que.... pero no, prefiero creer, que sea a tí a quien yo deba mi parte de favor.... esto es a tu joven protectora.

- Fed.—Como quieras. . . . En cuanto a mí estoy ya resuelto a no moverme de la Corte. . . . Considero ya mi suerte asegurada con tal que el Conde de Rantzoff no logre otra vez ponerme en mal con la Reina.
- Vad.—¡El Conde! Pobre diablo, tanto hará en conjurar el nublado que le amenaza.
- Fed.—¿Cómo?
- Vad.—Porque cuando la Reina sepa. . . . y yo me encargo que lo sepa. . . . que el Conde la ha desobedecido, se pondrá furiosa, y. . . . (con misterio) porque Emma está aquí. . . . escondida. . . . en este mismo Palacio, a pesar de las órdenes terminantes de su Majestad para que se quedara en la residencia hasta que se verificase su enlace con el joven Piltzon.
- Fed.—¡Cielos! ¡Emma aquí!
- Vad.—Me parece que de esta hecha nos desembarazamos de toda la trínca.
- Fed.—(Aparte.) Emma aquí, y sin duda para casarse delante de mis propios ojos! ¡Qué desprecio!
- Vad.—Pero volviendo a lo que más nos interesa. . . . sabes, primo, que no se habla de otra cosa hoy por la mañana en la Corte sino del nuevo caballero, con quien la Reina conversó ayer tarde durante todo el camino y con tanta afabilidad? ¡Caramba, y cuántos envidiosos vas a tener! Yo mismo. . . .
- Fed.—(Se sonríe.) Tú también.
- Vad.—Y bien, no. . . . yo no te tendré envidia. . . . sube cuanto puedas, con tal que me laves a remolque. . . . ya ves que si soy modesto. . . .
- Fed.—Fíate de mí.
- Vad.—Por su puesto que tú la adoras, ¿eh?
- Fed.—¿A quién? ¿A Emma?
- Vad.—No, qué dislate. . . . a la otra, a la desconocida cuyo nombre no me quieres decir. . . . lo que entre paréntesis me es absolutamente igual.
- Fed.—Jesús mil veces. . . . arrete yo a. . . . ¡pues no es nada la idea que se te ha ocurrido. . . .! Si supieras. . . .
- Vad.—(Bajo.) Apostaría con todo a que la conozco. . . . que

enmielen y me saquen al sol, sin no es la condesita de Oxel... aquella güerita que es camarista de la Reina, que va siempre con ella, y que... preciosa muchacha por vida mía... ¡Ea! vaya, confíesame que amas a tu protectora.

Fed.—Te quieres callar... cuando el respeto más profundo...

Vad.—Sí, sí, respétala, respétala y verás cómo acabas por fastidiarla.

Escena 5ª.

El Conde y demás.

Con.—(Asustado.) Mayor De Bury, me alegro en mi alma haber hallado a usted... aunque ya me figuraba que lo encontraría a usted aquí. (Aparte.) Y eso es lo que más cólera me daba.

Fed.—(Aparte.) ¡El tío de Emma! ¡Qué me querrá!

Vad.—(Idem.) Parece que ha bajado mucho de tono.

Con.—Espero que me querrá dar usted en esta ocasión una prueba de condescendencia. Vuélvase usted al punto al ejército, yo se lo suplico a usted y en caso necesario yo lo mando. (Federico hace un movimiento de sorpresa.)

Vad.—¡Que se vuelva al ejército! ¡Qué locura!

Con.—No es usted, sino el Mayor quien me debe responder.

Fed.—¿Lo exige acaso la Reina?

Con.—La Reina... puede ser.

Vad.—(Conteniéndose.) No puede ser... será más bien el capricho... la voluntad de algún ministro la que...

Con.—Y bien, sí, yo soy el que lo desea... el único que lo desea.

Vad.—Esperaremos entonces las órdenes de su Majestad

Con.—Mayor Federico, váyase usted por Dios.

Fed.—Señor Conde....

Vad.—(Alzando la voz.) Primo Federico, no te vayas ni por Dios ni por la Virgen.

Con.—No se deje usted conducir sin saberlo por algún intrigante de los que no escrupulizan en los medios con tal de obtener el fin interesado que se ha propuesto.

Vad.—No te dejes alucinar por las palabras doradas de algún personaje de los que no empiezan a ser modestos hasta que han tocado con la frente en la tierra.

Con.—Señor Chambelán Vaderg....

Vad.—Señor Ministro Rantzoff....

Fed.—¿Qué es esto, señores? Primo, repara....

Vad.—No tal, no tal.... no quiero reparar en nada.... tiempo es de que me quite la máscara y que le enseñe al señor los dientes....

Con.—Tanto mejor, así me gusta usted más.

Vad.—Pues a mí no me gusta usted ni así, ni de ningún modo.

Fed.—¡Cielos! ¡la Reina!

Escena 6ª.

La reina y dichos.

Rei.—¿Qué ruido es este?... ¿Me explicarán vuestras mercedes, señores, el argumento de una disputa que no puede menos de ser aquí una falta de respeto?

Vad.—Es que el señor Conde de Rantzoff....

Rei.—Y bien, ¿qué ha hecho el Conde?

Fed.—Me manda salir en este momento de Stokohmo.

Rei.—(Mirando al Conde.) ¡Ah!

Con.—Y el señor Vaderg me ha respondido por su primo con un tono, y un modo.... que ya no deben sorprenderme.

Rei.—Señor Mayor, retírese usted ahora que pronto reci-

birá usted mis órdenes. . . . las mías, y no las de ninguna otra persona. ¿Me entiende usted?

Con.—(Aparte.) Qué duda me puede ya quedar.

Fed.—(Saluda y manos.) Sí, señora.

Rei.—(Con severidad.) En cuanto a usted, señor Vaderg, sepa usted que me tiene muy descontenta. . . . No ha debido usted nunca olvidar el respeto a que es acreedor por parte de todos el señor Conde de Rantzoff.

Vad.—(Confundido.) Señora.

Rei.—(Con sequedad.) Déjenos usted.

Vad.—(Aparte y vase.) Si no me la pagará este viejo voy a enviarles la sobrina.

Escena 7ª.

Reina y el Conde.

Con.—(Aparte.) Apuremos todo el veneno.

Rei.—Qué poco partido tienen con usted, señor Conde, las personas que yo protejo. . . . quizá por lo mismo que las protejo.

Con.—Todo lo que yo he hecho hasta aquí ha sido, señora para. . . .

Rei.—Para vengar sin duda a los que usted protege. . . . al Príncipe Ulrico, por ejemplo. . . . ¿no es verdad? Y bien, el Consejo sabrá ahora mismo mi respuesta. . . . ¿está ya reunido?

Con.—Ese tono descontento, señora, me aflige sobre manera. Qué, titubearía todavía vuestra Majestad ¿no ha oído ya a sus ministros?

Rei.—Sí, y con mucha paciencia.

Con.—Ellos no han hecho otra cosa, sin embargo, que repetir los votos de vuestro pueblo.

Rei.—¿Y qué le puede importar a mi pueblo que yo ame o deje de amar a un príncipe extranjero a quien él jamás ha visto? No es eso, no, sino que basta,

según mis ministros, el que un enlace les parezca conveniente en política para que yo deba aceptar de grado o por fuerza el esposo en cuestión... y más que yo sea luego desgraciada el resto de mi vida...
¿Le parece a usted esto racional y justo?

Con.—Ella sin embargo, es indispensable que vuestra Majestad elija al cabo un esposo....

Rei.—Enhorabuena.... lo elegiré al cabo si es tan indispensable.... pero más tarde.... ya veremos....

Con.—(Con malicia.) ¿Y en qué reino elegirá vuestra Majestad ese esposo? ¿Se puede saber?

Rei.—En el mío quizá.

Con.—Cómo, señora, ¿uno de vuestros vasallos?

Rei.—Me quedaría en tal caso la esperanza al menos de que me lo agradeciera.

Con.—¿Un sueco?

Rei.—¿Qué decía usted?

Con.—Decía, decía.... pero no decía nada porque esto no puede suceder.

Rei.—¿Y por qué?

Con.—Porque no puede suceder, es imposible.

Rei.—Pero en fin, dígame usted ¿en qué consiste esa imposibilidad?

Con.—En que todos repugnarían semejante enlace.... la dignidad del Trono, el ejemplo de vuestros mayores, el interés material de la Suecia, su honor, su voluntad....

Rei.—¿Su voluntad! ¿Y la mía?

Con.—Vuestro Consejo, además, nunca podría aprobar....

Rei.—Ya sabe usted que mi Consejo aprueba siempre cuanto a mí me pasa por la cabeza.

Con.—Es que yo tampoco se lo aprobaré a Vuestra Majestad y soy su Primer Ministro.

Rei.—Pero como soy la Reina, todo estará al cabo en que yo quiera....

Con.—Es que vuestra Majestad no querrá.

Rei.—Si tal.

Con.—No tal.

Rei.—¿Y quién me lo impedirá? ¿Quién será el osado que...? Señor Conde usted concluirá por enfadarme.... ¿Ni porqué entonces me dicen todas vuestras mercedes a cada paso que soy su Reina, que lo puedo mandar todo, que todo me debe aquí obedecer? Y sin embargo se me resiste, se me encadena, se me contraría. Confieso que tanta contradicción empieza ya a cansarme.... quiero ser libre.... sí, quiero hacer lo que todos mis vasallos pueden hacer.... y antes que ceder en una cosa tan justa, arrojaré al suelo un Cetro tan impotente.... los dejaré a vuestras mercedes.... me iré para siempre de Suecia.

Con.—Señora.

Rei.—Entretanto, que nadie en adelante se atreva a dar orden en mi Palacio sin tomar primero las mías.... Que el Mayor.... que el Conde Federico de Bury sea por todos respetado.

Con.—¿El Conde Federico!

Rei.—¿Qué! ¿No me entiende usted?

Con.—No, señora; no puedo explicarme a mí mismo. Esos favores con que vuestra Majestad colma a un simple oficial que esta mañana sin ir más lejos, no encontraba digno de entrar en mi familia.

Rei.—Esta mañana, no conocía usted quién era su protectora.

Con.—Un hombre obscuro....

Rei.—Si pronuncia una sola palabra, lo verá usted al punto al más ilustre, al más poderoso de todos.

Escena 8ª.

Dichos y Emma.

Emm.—(Entra precipitadamente.) Tío, tío, es cierto que usted me llama y que.... ¡Cielos! ¡La Reina!

Rei.—¿Qué quiere decir esto? ¿Su sobrina de usted en Stokolmo?

- Con.—Señora... pero niña, no te había prevenido....
- Emm.—(Tímida.) Es verdad, pero han ido a mi cuarto, a decirme que usted me esperaba en esta sala, y....
- Rei.—Habrán querido sin duda hacerme ver cómo se me obedece.
- Con.—Emma, señora, era todavía muy joven para haberse quedado ella sola, aislada.... (Bajo a la Reina.) y luego esperaba que el joven Federico se hubiera vuelto al ejército, y en este caso....
- Rei.—(Bajo al Conde.) ¡Ah! ¿vuestra merced esperaba eso....? y Emma quizá también lo esperaba. (Aparte.) ¡Oh! pues los dos se han equivocado, esto me acaba de decidir. (Alto.) Conde de Rantzoff, sígame usted a la Sala del Consejo. (A un Oficial de Palacio.) Que se avise al Conde Federico de Bury que lo espero al instante en mi gabinete. ... (Al Conde.) Que su sobrina de usted deje hoy mismo y para siempre a Stokolmo.... Sígame usted, le repito. (Manos.)

Escena 9ª.

Emma y el Conde.

- Emm.—¡Oh, sí! qué más puedo yo desear en este momento que dejar para siempre a Stokolmo? Ojalá fuera ahora mismo.
- Con.—(Aparte.)—Ha descubierto al cabo su pecho.... más vale así.... ya sé por lo menos a qué atenerme.... Dice que ha tomado su partido. Y bien, yo también había tomado el mío, y la prueba de ello es que me he traído conmigo a Emma.
- Emm.—¡Ah, tío mío....! Usted sin duda va a eufadarse por lo que le quiero decir.... pero haciéndome venir a Stokolmo contra la voluntad de la Reina, se ha expuesto usted y me ha expuesto usted a mí.
- Con.—A nada.
- Emm.—No han creído semejante cosa los que con tanta malicia me han enviado ahora aquí.

Con.—Han creído perderme... y por el contrario me han salvado... no, no a mí... a la Suecia es a quien han salvado... que por lo que respecta a mi persona, te juro que todo me es completamente indiferente... estoy decidido a prestar a la Reina el último servicio que puedo hacerla... y después que tome en buena hora mi libertad... mi vida... nada en este momento me hará titubear.

Emm.—Todavía no se me ha quitado el temblor... ¿reparó usted, tío, cómo me miró la Reina al irse?

Con.—Sí, hija; y no es extraño que te intimiden sus miradas cuando está irritada; porque a mí me suele suceder otro tanto, y eso que ya debía de estar acostumbrado. (Aparte.) La Reina le ama, no hay duda; por espíritu de contradicción y no por otra cosa... de ahí que si se contenta uno con combatir de frente su pasión, es capaz de casarse con él!

Emm.—(Aparte.) En qué estará pensando mi tío.

Con.—(Aparte.) También si la dejo ahora que le vea, podrá quizá comprometerse en un momento de exaltación y... pues no, no perdamos tiempo. (Se pone a escribir.)

Emm.—Y dígame usted tío, ¿no ha oído usted que la Reina ha hecho llamar a Federico?

Con.—(Escribiendo.) Sí, y ya no puede tardar en verle llegar.

Emm.—(Hace como que se va.) ¡Oh! pues en este caso me vuelvo a mi cuarto.

Con.—(Escribiendo.) No, no, detente... no quiero que te vayas.

Emm.—Pero tío.

Con.—(Escribiendo.) Te digo que no quiero... ese joven te ama.

Emm.—Todo lo contrario... ya sabe usted que...

Con.—(Escribiendo.) Que te ama, eso es lo que yo sé... y que tú le adoras... tanto mejor.

Emm.—¡Adorarle yo! después de lo que me ha hecho... buena tonta sería.

Con.—(Escribiendo.) A lo menos le adorabas ayer tarde, y una mujer por veleta que sea, no, no puede cambiar tan presto....

Emm.—Pues no ha necesitado de tanto tiempo para cambiar de opinión, a lo que parece.

Con.—Oh, eso es diferente. Un Ministro de Estado puede tener tantas opiniones a su disposición como camisas de dormir.... (Se levanta y aparte.) Y yo que había estado trabajando con tanto tesón para impedir que este matrimonio se realizase! (A Emma, entregándole la carta que ha escrito.) Toma y no te muevas de aquí. Federico tiene que atravesar esta sala para entrar en el gabinete de la Reina.... Entrégale esta carta: en sus manos está ahora su suerte, la tuya y quizá también la mía.

Emm.—Pero, tío, estando de por medio esa dama que le protege..... y a la que él ama, sin duda, no sé yo cómo....

Con.—No, no creo yo que la ame todavía.... no ha tenido aun tiempo para comprender.... en fin, de todos modos ahora lo veremos.

Emm.—¿Y quién es ella, señor? ¿Por qué no me ha de decir usted quién es mi rival?

Con.—Porque es inútil que tú lo sepas.... lo que sí te conviene a tí saber, es que al Federico entra en el gabinete de la Reina.... que si la habla antes que lea esa carta, le pierdes entonces para siempre.... y nos pierdes a todos. Adiós, me voy a defender en el Consejo la causa de la Suecia, en tanto que tú.... que tú puedes ganar aquí la tuya.

Escena 10ª.

Emma sola.

Emm.—¡Yo esperarle....! ¿Yo volverle a hablar? ¡Oh, no, jamás....! con todo, mi tío dice que somos par-

didos si entra en el gabinete de la Reina, y si la habla.... ¿Qué haré....? ¡Cuidado que es apuro....! ¡Cielos, él es!

Escena 11ª.

Emma y Federico.

Fed.—Ahora sí que es mandato de la Reina.... no desperdiciemos un instante y.... ¡pero qué miro! ¡Emma!

Emm.—(Aparte.) Ya me ha visto.

Fed.—(Aparte.) Y la ingrata ni siquiera me saluda.

Emm.—(Aparte.) No, pues yo no he de ser la primera que hable.

Fed.—(Se dirige hacia el gabinete de la Reina.) Huyamos.... a qué exponerse a nuevos desprecios.

Emm.—(Alto.) ¡Ay, Dios mío, que va a entrar en el gabinete! ¿Federico?

Fed.—(Volviendo.) Emma, ¿me llamaba usted?

Emm.—(Turbada.) ¡Yo!

Fed.—Oh, sí, sí, vuestra merced me llamaba.... ¿Por qué lo negará usted? Ay, yo soy mucho más franco, y confieso que si he hecho mil juramentos de huir de usted.... de olvidarla, no menos estaba con ansia de volverla a encontrar.

Emm.—(Con viveza.) ¿Qué dice usted?

Fed.—Que me creía burlado.... que estaba fuera de mí, de rabia y de desesperación, y que sin embargo usted era el objeto de todos mis pensamientos.

Emm.—Eso es increíble, cuando iba usted a ser tan dichoso....

Fed.—¿Y cómo podía yo ser dichoso? ¿De qué me hubieran servido unos bienes de fortuna que no hubiera podido ofrecer a usted? ¿De qué un brillante pervenir, si usted no hubiera participado de él? Ah, Emma, si no estuviera usted prevenida contra mí....

Emm.—¿Llama usted estar prevenida porque se me ha

dicho todo lo que había? Cree usted acaso que ignoro la existencia de cierta dama misteriosa.... Lo ve usted, lo ve usted cómo tengo razón.... (Federico hace movimiento como de quererla hacer callar.) Pero no importa, yo le he amado a usted más que a mi vida.... y le amo a usted todavía a pesar de su infidelidad.... Dígame usted una sola palabra y se lo perdono todo.... ¿Quién es esa dama?

Fed.—Ese es un secreto que no me pertenece, y de consiguiente....

Emm.—Basta.... consérvelo usted cuanto quiera. (Le vuelve la espalda.)

Fed.—Adiós, Emma.... algún día me hará usted justicia. (Se dirige al gabinete.)

Emm.—¿Federico?

Fed.—(Vuelve.) ¡Emma....! ¿Pero qué tiene usted? Por qué está Ud. tan agitada! Ay, estoy persuadido por lo que veo, que Ud. me volvería su corazón si no fuera porque teme desagradar a su tío, que me aborrece sin saber por qué, y que....

Emm.—¡Mi tío! Y yo que había olvidado.... tome usted, tome usted una carta suya.

Fed.—Una carta del Conde de Rantzoff.... ¿qué puede escribirme....? ¡Gran Dios, qué es lo que ha leído....! ¡Sería posible....! Y que, Emma, ¿usted aprobaría lo que en ella se me propone?

Emm.—Sí, señor.... yo lo apruebo todo.... todo.... verdad es que no sé lo que es, y....

Fed.—Oiga usted, "Mayor Federico, usted ama a mi sobrina". (A Emma.) Me alegro que su tío de usted lo confiese al cabo y que....

Emm.—Siga usted, siga usted, luego entrarán los comentarios.

Fed.—"Vuestra merced me ha pedido su mano....; Y bien! yo se la concedo a usted pero con sólo una condición, y es que ha de bajar usted al punto con Emma a la Capilla de Palacio: voy a dar ahora mismo las

órdenes necesarias para que lo tengan todo prevenido, y pueda usted casarse sobre la marcha. Si usted titubea, si usted lo retarda un instante, un solo instante, le juro a usted que pierde usted a Emma para siempre. El Conde de Rantzoff”.

Emm.—(Le toma la carta.) ¡Qué escucho! ¿Me engaña usted?

Fed.—No tal, véalo usted por sus propios ojos.... toda la carta está de su puño y letra.... y aunque bien sabe Dios que no comprendo como.... pero no importa.... Emma, ¿consiente usted?

Emm.—¡Ah, Federico....!

Escena 12ª.

Vaderg y dichos.

Vad.—(Muy satisfecho.) ¡Con que ya soy Barón! ¡Vaya que se suceden mis ascensos con una rapidez....! Ah, señor Conde Federico de Bury.... porque ya eres Conde, si es que no lo sabes todavía.

Fed.—¡Cómo! ¿Te chanceas?

Vad.—No, no.... te repito que eres ya todo un Conde, y yo todo un Barón.... la Reina acaba de salir del Consejo.... parece muy irritada.... y todos los Ministros y Consejeros, han sacado una cara.... ¡Ay, qué cara! de tres palmos y medio de largo. Me han asegurado que su Majestad les ha impuesto a todos silencio y en cuanto ella me vió.... ahora, no hace tres minutos.... me dijo: “Barón Vaderg, busque usted al punto al Conde Federico de Bury, y que me espere en mi gabinete, tengo necesidad de hablar con vuestras mercedes dos”.

Fed.—Ah, es verdad.... entremos.... es fuerza que nos encuentre allí.

Emm.—Federico.... ¿y.... mi tío?

Fed.—Pero respóndame usted.... ¿consiente usted?

Vad.—¿Su tío de usted, señorita? acabo de encontrarle, en el corredor que conduce a la capilla.... por señas que iba tan precipitado.... tan preocupado.... no sé lo que puede haberle sucedido en el Consejo para.... conque vamos.

Fed.—Vamos.

Emm.—¡Federico, Federico! consiento en todo.... soy desde este instante de usted y sola de usted.

Fed.—Emma.... ¡qué fortuna!

Vad.—En efecto tu fortuna antes que todo.... y por lo mismo el menor retardo.... sígueme.

Emm.—No señor.... antes tiene que venirse conmigo, y.....

Vad.—¿Qué dice usted, señorita? no ve usted que la Reina podría incomodarse....

Fed.—¡Oh! lo que es por eso no tengax cuidado.... la Reina sólo desea mi felicidad, y cuando llegue a saber....

Vad.—¡Cielos! ya creo que se acerca.

Fed.—¡La Reina!

Emm.—¿Qué, titubea usted todavía?

Fed.—No, no.

Vad.—Mira, primo, que nos pierdes si haces esperar a su Majestad.

Emm.—Mire usted, Federico, que usted me pierde si no se viene usted conmigo al instante.

Fed.—¡Emma de mi vida! Vamos a donde usted quiera.

Escena 13ª.

Vadery solo.

Vad.—¡Calle! ¿Qué significa esto? ¿Federico? ¿Señor Conde? Sí, a la otra puerta.... el mismo caso hace de mí, que de las órdenes de la Reina.... ¡Pues dígole a usted que me pone en un compromiso.... ¡como no sea yo el que vaya a pagar su falta de

formalidad, porque desde ayer por la mañana no hago otra cosa sino recibir pelotazos de rebote.... ¿Qué dirá la Reina? Y sobre todo, qué la diré yo cuando me pregunte: "Señor Barón Vaderg, ¿dónde está su primo de usted? Por qué no se encuentra aquí?" Por vida de.... esto es ya tratarme como a un imbécil, sin quererme decir a dónde va ahora con la sobrina del Conde, ni quién es esa dama que le protege, ni.... No, pues que no se ande jugando conmigo porque el día menos pensado, y por poco que le vea de capa caída.... envío a pasear la parentela, y adiós con mi dinero; ya está aquí su Majestad.

Escena 14ª.

La Reina, precedida de algunas damas y oficiales de Palacio que se quedan en el fondo, y dicho.

Rei.—¡Imponerme a mí leyes! querer gobernarme como cuando tenía doce años.... Y ese Barón de Pilhzon a quien acababa de permitir que se presentase de nuevo en el Consejo atreverse a protestar contra mi voluntad! ¡Necios! Y bien, señor Vaderg, ¿dónde está el Mayor Federico? ¿por qué no se halla con usted?

Vad.—(Aparte.) ¡Qué tal! ¿Y ahora?

Rei.—¿No me responde usted?

Vad.—Señora.... no sé.... el caso es que ignoro....

Rei.—Que venga, que venga al instante, le espero con impaciencia.

Vad.—(Aparte.) Decididamente todavía no es tiempo de enviar a pasear a mi primo. (Vase y vuelve.)

Rei.—Sí, quiero gozar de su sorpresa, de su dicha.... ¡El me ama! Oh, no hay duda, él me ama.... no sé qué siento en este instante.... pero las reconvenções de mis Ministros, sus ame-

nazas, me han quitado todos los escrúpulos.... ellos quieren por Rey a un Príncipe extranjero.... para que sea a un tiempo mismo su Rey, y el mío.... y yo quiero que mi marido sea sólo el más feliz de mis súbditos.... veremos quién se sale con la suya.... qué, señor Vaderg, no me ha comprendido usted. El Mayor debería estar ya aquí.

Vad.—Ya lo estaba, señora; pero.... la sobrina del Conde de Rantzoff....

Rei.—La sobrina del Conde de Rantzoff.... todavía aquí.... Y bien, acabe usted....

Vad.—Vino a buscarle y.... también he sabido que el Conde los estaba esperando....

Rei.—¡El Conde! ¿En dónde....?

Vad.—En la Capilla de Palacio.

Rei.—¡Cielos, Federico, en la Capilla!

Vad.—(Aparte.) Cualquiera diría que estoy temblando como un azogado.

Escena 15ª.

Federico y dichos.

Fed.—(Semblante contento.) Ya me tiene aquí vuestra Majestad a sus órdenes.

Rei.—Creía que no acababa usted nunca de llegar.... ¿Qué, no le habían dicho a usted....?

Fed.—Me atrevo a esperar señora, que vuestra Majestad me perdonará un retardo que he empleado en asegurar para siempre mi propia felicidad.... El Conde de Rantzoff....

Rei.—¿Qué tiene que ver el Conde de Rantzoff con su felicidad de usted?

Fed.—Me ha ofrecido la mano de su sobrina.... y hoy.... hace dos minutos....

Rei.—¿La ha rehusado usted, supongo?

Fed.—La he aceptado, señora....

Rei.—¡Cómo!

Fed.—Y vuestra Majestad ve ya en mí al esposo de Emma de Rantzoff.

Rei.—¿Usted...? Retírese usted de mi presencia.

Fed.—Señora....

Rei.—(Con violencia concentrada.) ¿No ha oído usted que se retire? (Manos Federico.)

Vad.—¡Canario, qué malo va esto! Si la desconocida no nos cubre con su manto, me temo que de esta ha-cha....

Rei.—Que se haga venir al Conde de Rantzoff.... que le busquen por todas partes.... vaya usted también. Vaderg, y no se vuelva usted sin él.... pero no.... oiga usted.... (Vaderg hace que se va y vuelve.) desde este instante, señor Vaderg, queda usted despedido de mi servicio.... envíe usted luego la llave de Chambelán a mi Mayordomo Mayor, y no vuelva usted a presentarse delante de mí.... y que el Conde de Rantzoff....

Escena 16ª.

El Conde y dichos.

Con.—¿Me llamaba vuestra Majestad, señora?

Rei.—¡Ah, es usted....! acérquese usted, señor Conde; ¿conque usted se ha burlado de mí? ¿Conque usted me ha ultrajado....? Señoras, retírense vuestras mercedes.... (Vaderg se va y los demás se retiran al forillo.) Vuestra merced me había propuesto al Barón de Pilhzon para esposo de su sobrina.... ya había yo aprobado este enlace.... y usted, sin embargo, me engañaba.

Con.—No, señora.... soy incapaz de faltar a vuestra Majestad hasta este punto.... lo único que he hecho ha sido el cambiar de propósito.

Rei.—¿Sin mi consentimiento?

Con.—En una materia tan poco importante....

Rei.—¿Y si yo anulara ese matrimonio?

Con.—Vuestra Majestad no podría hacerlo.

Rei.—Pero Federico podría él mismo solicitarlo ante los Tribunales.... usted lo ha engañado, lo ha seducido.

Con.—Perdone vuestra Majestad, yo no he seducido a nadie.... y mi sobrino....

Rei.—¿Su sobrino de usted?

Con.—Ha alcanzado el colmo de sus deseos.... porque ama con pasión a Emma.

Rei.—¿Y si yo no quiero que la ame?

Con.—Es hombre, sin embargo, ha de amarla entonces más....

Rei.—Sí, pero la fortuna, los honores, las dignidades....

Con.—Tienen por cierto un atractivo casi irresistible.... sobre todo a los ojos de un joven oficial que apenas ha cumplido veinte años.... y esto es precisamente lo que tuve presente para tomar mi partido.

Rei.—¿Conde de Rantzoff!

Con.—He adquirido por desgracia en mi larga carrera, la costumbre de adivinar casi siempre lo que pasa en el corazón de los que me rodean.... y sorprendí por lo mismo cierto secreto.... que no conoce todavía nadie más que yo.... y que me hizo temblar por este trono.... por este país que he jurado servir y defender, sí, señora, lo he jurado y sabré cumplir a toda costa mis juramentos.... Vuestra Majestad conoce aun poco el rancio orgullo de la Suecia.... Tema vuestra Majestad, tema sin embargo si lo hiere o si lo humilla el que se debiliten al punto el amor y respeto que la profesan sus súbditos.

Rei.—(Impeciente.) ¡Conde de Rantzoff....!

Con.—¡Oh! en la corte hallará vuestra Majestad millares de cortesanos aduladores que la hablarán distinto lenguaje.. como que no tienen otro oficio.... pero yo he hecho mi deber, en lo que he hecho; y he di-

cho la verdad, en lo que he dicho.... Conozco en todo lo que entre ambas cosas me acarrearán.... Pero no importa.... este será el último sacrificio que hará un antiguo consejero del Gran Gustavo por su Patria y por su Reina.... aunque arriesgue para ello el disgustar a vuestra Majestad.

Rei.—¿Y cuál cree usted que será la recompensa de su sacrificio?

Con.—Una completa y pronta desgracia.... la que yo había previsto ya....

Rei.—Y bien, no se ha equivocado usted, señor Conde: (A las personas que están en el forillo.) Que se junten inmediatamente aquí mis Ministros..... que la sobrina del Conde de Rantzoff, no se aleje de Palacio.... que el Mayor Federico venga al punto a mi presencia.... también el señor Vaderg.... (Voi-viendo hasta donde está el Conde.) Si señor. No se ha equivocado Ud. Una completa y pronta desgracia para usted.... para toda su familia.... y voy ahora mismo, en presencia de toda mi Corte, a enseñar a usted quién de nosotros dos es el que reina en Suecia.... lo que según parece empezaba usted a olvidar.

Con.—Las miradas de los cortesanos, no me avergonzarán por cierto, señora.... mis empleos y mis dignidades, así como los pocos días que me quedan que vivir, pertenecen a vuestra Majestad.... y en prueba de ello, desde ahora renuncio ese Primer Ministerio que tanto me envidían y con el que vuestra Majestad me ha honrado.

Rei.—Admito la renuncia.

Con.—También pongo a los pies de vuestra Majestad todos los demás destinos que servía.... todos mis sueldos y pensiones.

Rei.—Está bien.

Con.—Póseo otra prueba de vuestra confianza.... otro testimonio de mis servicios.... al que están reunidos recuerdos muy gloriosos.... esta gran cruz....

(Se la señala.) la misma que el Gran Gustavo, vuestro augusto padre, llevaba puesta el día de la batalla de Lucén.... La misma que yo recibí de vuestras propias manos, y que coloqué sobre mi corazón con tan noble entusiasmo. (La Reina le mira.) Vuestra Majestad me decoró con ella aquel día memorable en que vuestros estados resistieron abiertamente no sé qué capricho de vuestros pocos años.... Vuestra Majestad era entonces muy joven, vuestra Majestad ignoraba todavía los derechos del pueblo y los deberes del trono.... Un paso imprudente de vuestra parte iba, pues, a enajenaros todos los corazones.... Yo me opuse a él.... defendí entonces a vuestra Majestad contra vuestra Majestad misma, del propio modo que lo he hecho hoy.... y el decreto de destierro que habíais firmado contra los diputados del Reino nunca llegó a tener curso, porque me atreví a retenerlo en mi poder. Vuestra cólera fué terrible.... todo el mundo me creyó perdido.... y mucho más cuando me vieron como hoy resuelto a renunciar y a desarmarme.

Rei.—Sí, si me acuerdo de todo eso.

Con.—Me presenté de consiguiente ante vuestra Majestad con mi dimisión en la mano.... pero el aspecto del Consejero, del Ministro, del amigo de Gustavo.... del antiguo y fiel servidor a quien vuestro padre al morir había encomendado vuestra infancia.... no sé yo lo que pasó en aquel momento en el alma de vuestra Majestad; pero lo cierto es que vuestra cólera se calmó de repente. Vuestra Majestad reconoció, quizá que había mil veces más afecto hacia vuestra persona, en el Ministro que se perdía por salvarla, que no en todos los cobardes palaciegos que la incitaban y aprobaban sin cuidarse si la comprometían o no. Así fué que imponiendo silencio con una severa mirada a los que ya celebraban con insolente sonrisa mi desgracia, quitándose vuestra Majestad esta gran cruz que pen-

día de su cuello me la ofreció y me dijo: "Recíbala usted, Rantzoff.... Usted fué el amigo de mi padre, sea usted el mío.... Que este testimonio de mi cariño no se separe jamás de usted. Que él nos recuerde a los dos lo que se ha pasado hoy.... y si algún día olvidase yo, momentáneamente, el interés de mi pueblo, la dignidad de mi Corona o vuestra fiel y antigua amistad, no hagáis entonces otra cosa que el mostrarme el noble precio que hoy reciben vuestros servicios.... Y no lo dudéis.... al punto volveréis a enseñorearos del corazón de Cristina".

Rei.—(Conmovida.) ¡Conde!

Con.—Dígnese vuestra Majestad tomar esta gran cruz que la devuelvo.... (Se la quita y la toma la Reina.) Ahora sólo falta que vuestra Majestad me indique a dónde debo retirarme a esperar vuestras últimas órdenes.

Escena última.

Emma, Federico, Vaders, ministros, damas, oficiales
y dichos.

Rei.—(Aparte.) ¡Federico y ella! ¡Ah!

Vad.—Señora, ya están aquí los ministros.

Rei.—(Después de un movimiento de silencio.) Señoras, he juntado a vuestras mercedes aquí, y en presencia de mi Corte entera, para declararles a todos que no admito de modo alguno el enlace que se me ha propuesto con el príncipe Ulrico de Dinamarca.... quiero reinar sola y aunque muy joven todavía, tomo en este instante una resolución irrevocable, y es la de no partir con nadie la Corona que he heredado de mis mayores.... con la ayuda de Dios y con el valor y fidelidad de los suecos, ningún otro apoyo necesito.... (Otro movimiento de silencio)

y a Federico sin mirarlo y con mucha emoción.) Conde de Bury, partid para la Dinamarca.... con la Condesa vuestra esposa.... llevaréis mi respuesta y mis proposiciones de paz.... pero partid hoy los dos de Stokolmo.... hoy mismo.... Sed nuestro Embajador cerca del Rey nuestro hermano.... y no olvidéis tanto el uno como el otro, que dejáis en la Corte de Suecia, amigos que velarán constantemente sobre vuestro futuro bienestar.

Fed.—¡Ah, señora! tantas bondades.

Rai.—Barón Vaderg, usted seguirá a su primo a Copenhague como Secretario de la Embajada, y también hoy mismo.... Señores, el Conde de Rantzoff ha prestado hoy un gran servicio a su Reina y a su patria, y como muestra de mi gratitud he tenido a bien investirlo con la primera dignidad del Estado.... Condestable del Reino, ¿está usted ya contento? (Al Conde presentándole la cruz.)

Con.—(La recibe y la besa la mano.) Señora, vuestra Majestad debe estarlo aun más que yo, pues acaba de asegurarse un renombre inmortal.... Ojalá que todos los príncipes, para vencerse a sí mismos, sepan utilizarse a su vez del noble ejemplo que lega a la posteridad una Reina de dieciséis años.

Fin de la comedia.